

SINESIO DELGADO.

ALMENDRAS AMARGAS



ENCUENCOS DE ORO

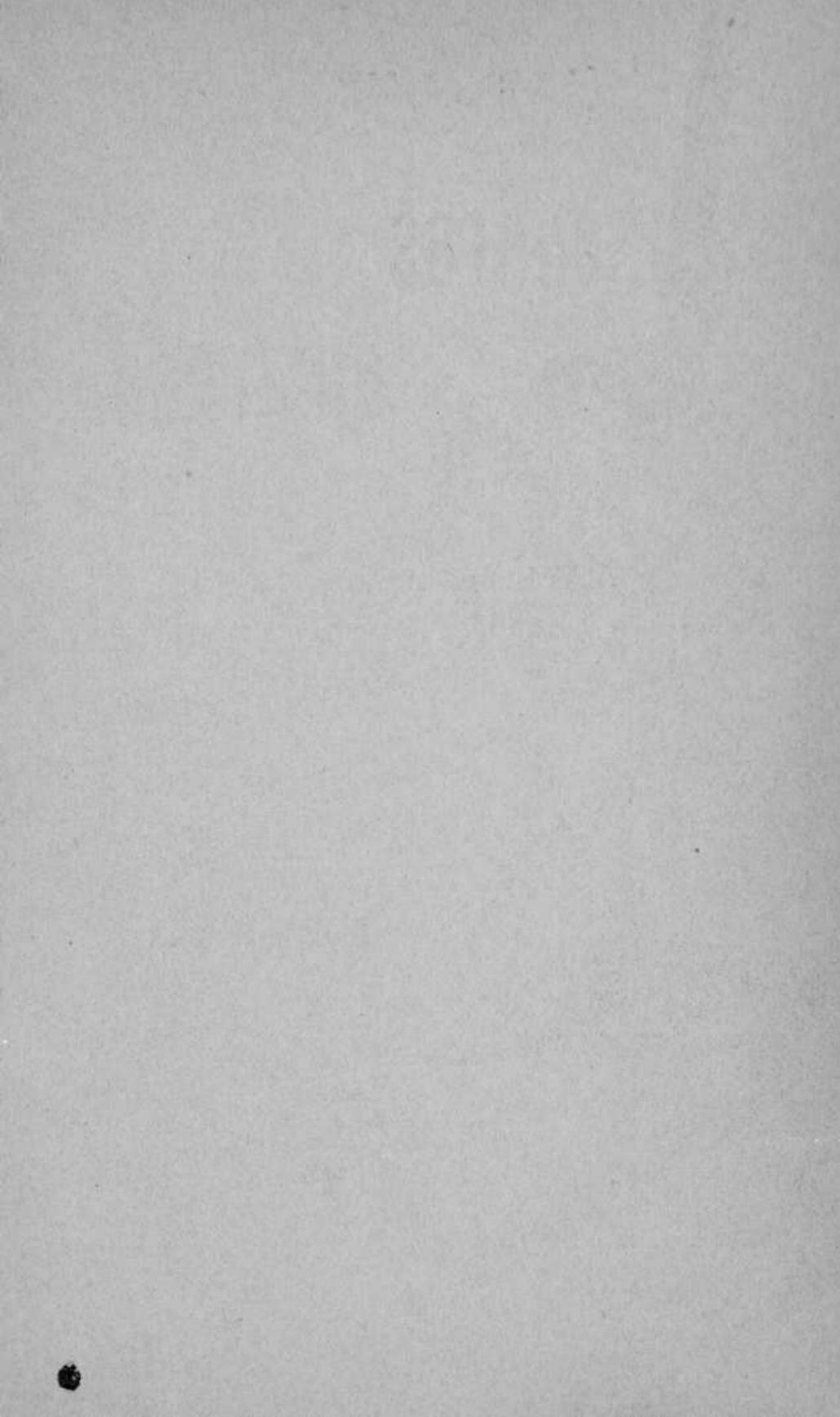
PRECIO 1.000 PESETAS

DFCL
A

ALMENDRAS AMARGAS

CB-117643

6195552



SINESIO DELGADO

Almendras

amargas



COLECCIÓN

DE

COMPOSICIONES

EN VERSO

DIBUJOS DE CILLA

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1893



R. 73582

—
ES PROPIEDAD
—



DESCORAZONÉMONOS

He tomado la pluma hace un momento
y no puedo escribir, porque me siento
en uno de esos días
de mortal desaliento
que solemos sufrir las medianías.

¿Hay nada más amargo
que correr tras la trompa de la fama,
viendo el camino cada vez más largo,
y, al parar de repente, hacerse cargo
de que no es á nosotros á quien llama?

¿Hay desdicha mayor que la que espera
al infeliz que sueña con la gloria,
al adquirir la convicción sincera
de que se va á morir como un cualquiera,
sin que deje ni rastro ni memoria?

El que cree, como en Dios, en su talento
y el plomo puro se le antoja plata,
no conoce el tormento
de esta triste impresión de agotamiento,
que aniquila y consume, enerva y mata.

En busca de un raudal de poesía
el cerebro se estruja,
y tras horas eternas de porfía
suele brotar un hilo, que podría
meterse por el ojo de una aguja.

Cuando ese caso llega,
no hay entusiasmo loco ni fe ciega;
trabaja el escritor como un cantero,
y se lanza á la brega
sin otras ambiciones que el puchero.

¡Ni un rasgo, ni un asunto, ni una idea!
¡Todo líneas borrosas y confusas!
Y ¿qué adelanta el pobre que pelea
para ver si franquea
los umbrales del templo de las Musas,
si después de luchar inerme y solo
contra el desdén perpetuo de las masas,
oye decir á Apolo:
¡No te molestes, hijo, que no pasas?

—
Por eso, algunos días
me siento en ese estado
que solemos sufrir las medianías,
¡y que no lo resiste el más pintado!



LA PULMONÍA

(DESCRITA POR UN GLÓBULO ROJO)



Yo no estaba en el pulmón
al empezar la cuestión,
pero me hizo un compañero
el relato verdadero
que copio á continuación:

Ello fué porque al entrar
por un tubo capilar
una racha de aire frío
se quejó del desavío
la mucosa pulmonar,
y se irritó de tal modo
que, atropellando por todo,
se puso como una fiera
y no se encontró manera
de arreglo ni de acomodo.

En vano el hombre quería
castigar tal osadía
aplicándose algodones
y bayetas y fricciones
al sitio que le dolía.

Los filamentos nerviosos,

que son los más fastidiosos
 que yo he visto cara á cara,
 tomaron pretexto para
 echarla de cariñosos,
 y armaron, sin más razón,
 tal belén y confusión
 de dolores y punzadas,
 que se sintió en elevadas
 regiones la oscilación.

Nosotros que, por deber,
 no hacemos más que correr
 contra nuestra voluntad,
 por pura curiosidad
 nos acercamos á ver.

Y al engrosar el montón,
 fué tal la aglomeración
 y tanta la algarabía,
 que casi no se podía
 circular por el pulmón.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha ocurrido?

Éste cuenta lo que ha oído,
 aquél lo que se figura...
 y empezó la calentura
 sin habernos entendido.

Al fin, con tanto charlar
 y agolparse y empujar
 sin sosiego ni reparo,
 se inflamó la parte. ¡Claro!
 ¡no se había de inflamar!

—¡Señores! No ha sido nada
 (gritó una célula ahogada).

¡Váyanse ustedes de aquí!

—Eso quisiéramos, ¡sí!
 pero ¿dónde está la entrada?—

De repente la función
 de toda aquella región
 se suspendió en tal estado...

Era que había cesado
de latir el corazón.

.....
El doctor, en el instante,
pudo dar fe en un volante,
con su nombre y apellido,
de que aquello había sido
pulmonía fulminante.

Pero yo vengo á ofreceros
testimonios verdaderos,
y así tendréis la certeza
de que fué una ligereza
mía y de mis compañeros.



TIPLE NUEVA

Salió á escena Dolores... ¡desdichada!
con unas mallas de color de tierra,
un tonelete corto, desteñido,
y un pedazo de talco en la cabeza.
Al ver aquella facha de cadáver,
que adelantaba el paso con vergüenza
y mostraba en las formas angulosas
la terrible señal de la miseria,
el público no pudo contenerse,
y se rió de firme á boca llena.

Temblosa la pobre y asustada
llegó casi á tocar las candilejas,
y... no vió nada más. Creyó que todo
se había concluído para ella.
Quiso cantar entonces, y en el cuello
sintió como las garras de una fiera
que las notas del tango trastornaban,
cambiándolas en lágrimas y quejas.
Y el público gozaba lo infinito,



y la insultaba el director de orquesta
y... al fin, para aplaudir el sufrimiento,
se deshizo en palmadas la tormenta.
¡Desventurada tiple! Luchó en vano
con los rigores de la suerte adversa;
su madre no comía, pidió auxilio,
y cerradas halló todas las puertas.
Venció al fin sus escrúpulos, y un día
corrió á un teatro y se ofreció á la empresa.
—¿Canta usted?— No lo sé.—¿Pero se atreve
á salir casi en cueros á la escena?
—El hambre lo hace todo.—Pues andando.
Y puso en los carteles: ¡Tiple nueva!

—

Visto estaba el fracaso, porque Lola
no tiene más que huesos en las piernas,
y el público imparcial quiere descaro,
y si descaro no, ¡carne siquiera!



¡DESPERTA, FERRO!

Medina, que es matón, según la fama,
vió á su dama con Mendo en la calleja,
y le impidió el amor á la pelleja
caer sobre el cortejo de su dama.



Ocultóse en la sombra con escama
sacó la espada enmohecida y vieja
y exclamó golpeándola en la reja:
—¡Desperta, ferrol... que el valor te llama.

Y si me ayudas tú, mato á ese perro,
cuya sola presencia me acoquina.
—Ya que me habéis sacado, dijo el hierro,
llevadme de asador á la cocina;
pero no me digáis *¡desperta, ferro!*
que el dormido sois vos, señor gallina.

Al oírlo Medina,
dió por bueno el dictamen de la espada,
y... Mendo se quedó sin la estocada.





¡LO QUE SON LAS COSAS!

CARTA DE PERENGANO Á PERENCEJO

Entre la playa y la ciudad habito
con la calma dichosa de un bendito.
Igualmente confusos los rumores
llegan á mí del pueblo y de las olas,
y vivo, sin placeres ni dolores,
con la campiña y con el mar á solas.
Lo que aquí pase hoy será lo mismo
que lo que ayer pasó, ó el otro día.

Esta es la explicación de mi mutismo:
la tranquila y feliz monotonía.

—

A romper este plácido sosiego
la semana pasada
vino un suceso triste. La arribada
de un vapor consumido por el fuego.
Te diré cómo fué. ¡Qué noche hacía!
Vertiendo su incesante espumarajo
de rabia, el mar rugía,
y tronaba y llovía
como si el cielo se viniera abajo.
En esto, allá á lo lejos,
sobre las negras olas, de repente
brillaron los reflejos
de una inmensa fogata intermitente.
Era el barco que ardía
corriendo sin cesar sobre el abismo,
¡moribundo sublime que se hacía
un blandón funeral consigo mismo!
Centenares de seres desgraciados,
convulsos, espantados
ante aquella desgracia ineludible,
yacían en la proa amontonados,
previendo una catástrofe terrible.
Atrás, en tanto, se abrasaba todo,
y crecía el incendio de tal modo
que marchaba impetuoso hacia adelante
con paso de gigante.
Solo un hombre en la popa, fuertemente
agarrado al timón, como un valiente
cumplía su deber, firme, sereno,
y guiaba al vapor en su carrera
para ganar el puerto, si pudiera,
ó morir en la empresa como bueno.
Las llamas le envolvían
y, al parecer, matándole gozaban;

azotaban su rostro si subían,
y quemaban sus pies cuando bajaban.
¡Figúrate lo horrible de la escena!
¡Pero el héroe triunfó! Ninguno sabe
por qué milagro la abrasada nave
llegó á la playa y encalló en la arena.

—
¡Qué alegría y qué gritos en el puerto!
Todos los pasajeros se han salvado...
menos el timonel, que achicharrado
paró en el hospital y allí se ha muerto.

Este detalle triste no ha podido
turbar las expansiones de la playa,
porque ya le han metido
en la fosa común, y cruz, y raya.

Y allí descansa el hombre,
un poco más allá del monumento
de un bravo general, que tuvo nombre
porque envió á morir á un regimiento.





POESÍA AMOROSA

(PERO DE MALA ÍNDOLE)

Eres muy guapa, Clarilla;
tú no serás un dechado
de virtud pura y sencilla...
pero ¡anda! que á pantorrilla
no te gana el más pintado.

Lo cual, en una mujer,
representa una fortuna
y un manantial de placer.
Eso es lo que hay que tener,
y lo demás es tontuna.

No faltará quien te diga
que el alma, la educación,
el candor, que Dios bendiga,
son la sustancia, la miga
que alimenta la pasión.

Lo cual es una simpleza.
Yo soy todo un caballero
y en cuestiones de belleza
me quedo con la corteza,
¡por la corteza me muerdo!
¡Al diantre las pudorosas!
Fe, virtud, aire contrito....
¡Que se quiten esas cosas
ante las curvas graciosas
de tu cuerpo rebonito!

Eres tiple, según varios
cartelones; has tenido
éxitos extraordinarios.

¡Hasta dicen los diarios
que cantas! Yo lo he leído.

¡Ser tiple tú! ¡Ya están buenos
mentirosos los carteles!

En fin, eso es lo de menos.

Tú salvarás los estrenos,
aunque pierdas los papeles.

Con tus notas ametrallas,
con tus frases apedreas,
pero te pones las mallas,
sales á la escena, callas,
y entonces..... ¡bendita seas!

Y se comprende, Clarilla;
el público ama lo bello,
y aplaude tu pantorrilla
porque no hay una quintilla
más artística que aquello.

Todo el mundo está prendado
de la forma, de tal modo,
que es aforismo probado
que *en los negocios de Estado*
la buena forma es el todo.

¡Pues si el mundo se fijara
en más que en la superficie,
por un ojo de la cara
no hallarías quien gozara
del placer y la molicie!

A mí, que soy medianía,
como cualquier barrendero,
lo que es profundo me hastía;
creo que hasta en poesía
es la forma lo primero.

Porque, además, te respondo
de que los vates *de entrada*
que piensan mucho y muy hondo,

casi siempre, allá en el fondo,
ocultan una bobada.

El exterior nos domina;
y que te sirva de norma
que todo el mundo se inclina,
como yo, ante la divina
brutalidad de la forma.

Será el decoro un tesoro,
pero, Clarilla, es un hecho
que sin decoro te adoro...
¡Pues si tuvieras decoro
buena la habíamos hecho!





DOS CREPÚSCULOS

I

Quando empecé á estudiar anatomía allá en Valladolid, junto al Campillo de San Andrés, tenía trece años nada más. Era un chiquillo.

Un mes antes mi madre había muerto, y mi padre, una noche me sacó de la cama, mal despierto, me dió un hatillo y me metió en un coche. Y al empujar la portezuela dijo:—Solo vas á vivir. Estudia, hijo, y procura romper la medianía, porque el término medio es tontería: ¡ó ser rico, ó cavar! ¡corte ó cortijo!—

Meditando la frase llegué á Valladolid de madrugada,

dejé el lío de ropa en la posada
y, temblando de miedo, entré en la clase.
¡Cuántas veces, después, me habré reído
del efecto que haría á aquella gente
el pobre colegial recién venido,
asustado, encogido,
mirando al profesor devotamente!

Mis pueriles temores
veían en la calle, en el paseo,
presagios de desdichas y dolores,
motivos de nostalgia y de mareo,
y á pesar del murmullo de la gente,
notaba en torno mío
el silencio terrible del vacío,
que hiela el corazón del más valiente.

Sentí que me invadía
tenaz melancolía,
me aturdió aquel rumor desconocido
que llegaba hasta mí desde la Acera,
y me senté en un banco de madera
de la plaza Mayor, triste y rendido.

El día se acababa. Era la hora
de amargo desconsuelo
en que tiende la noche aterradora
su vanguardia de sombras por el cielo.

Y me vi solo allí. ¡Solo á la puerta
del laberinto de la suerte incierta
que ya de ningún modo
podría dominar! ¡Lejos de todo!
¡Hasta más lejos de mi madre muerta!
¡Cuánto sufrí aquel rato, Virgen santa,
con el llanto atascado en la garganta!

II

Volvíamos del campo el otro día
saturados de vino y de alegría,
formando bulliciosa caravana

cuatro ó cinco devotos de esas cosas
y unas cuantas chiquillas muy graciosas,
que han tirado el honor por la ventana.

Habíamos comido en la pradera
sin trabas, ni etiquetas ni mirones,
y, en fin, para evitarme descripciones,
¡la tarde había sido de primera!

Traíamos no más como despojos
de la campal batalla
las carcajadas del placer que estalla
y el cansancio de goces en los ojos.
Tornábamos de prisa;
ellas muertas de risa,
tomándose infinitas libertades,
y nosotros... en mangas de camisa
y roncós de cantar atrocidades.

Se había hundido el sol. Era la hora
de amargo desconsuelo
en que tiende la noche aterradora
su vanguardia de sombras por el cielo.
Y... no sé cómo fué. ¡Cosas del vino,
que sugiere una idea por minuto!
Yo me vi años atrás, hecho un doctrino
con mi ropa de luto,
solo y abandonado á mi destino,
con el alma oprimida
por el dolor más grande de mi vida.
Y entré en Madrid, más blanco que la cera
y ahogando los suspiros en la boca,
del brazo de mi linda compañera,
¡que seguía riendo hecha una local!





FILÍPICA

Llamé á la Musa ayer. Mohino y harto
de coplitas ligeras, sin meollo,
burbujas de jabón que se deshacen
y no dejan ni rastro al primer soplo,
quise cantar al fin, romper el molde
donde no entran lo grande ni lo hermoso
y cambiar la bandurria del payaso
por la trompa marcial ó el arpa de oro.
Cedió á la invocación, pero ¡en qué estado
se presentó la pobre ante mis ojos!
Con la túnica blanca hecha jirones,
tristísimo el mirar, pálido el rostro...

—¿Qué quieres?

—Que me inspires.

—¡Que te inspire,

después de haberme puesto de este modo!

—¿He sido yo tal vez?

—Tú y otros cuantos,

pobres orugas del jardín de Apolo,
que me pedís aliento á todas horas
para arrastrarle luego con vosotros.

—¡Señora!

—¡Qué señora ni qué cuerno!

(aquí dos improperios muy sonoros).

¿Para qué me queréis? Soy una carga
que no podéis llevar sobre los hombros.

La inspiración que os doy, sublime á veces,
no os cabe en el cerebro huero y fco,
y trocáis en melindres femeninos
la viril energía que os otorgo.

Si os burláis del amor, si de las luchas
de la pasión más noble hacéis jolgorio
y tomáis los guijarros por montañas
y achicáis entre risas lo grandioso;
si vivís sin creencias, siempre haciendo
chacota de la fe, burla de todo,

¿qué pretendéis cantar, que no resulte
bajo, podrido y ruin como vosotros?

Yo necesito gente que me crea,
hombres fuertes, ingenios vigorosos,
no muchachuelos cínicos y audaces
á quienes sirva el corazón de estorbo.

Vosotros no sentís, no tenéis alma...

¡Morralla nada más! ¡morralla todos!

.....
Y sin decirme más, entre las sombras
se fué desvaneciendo poco á poco.

EL NICANOR

Yo nací... ya no me acuerdo;
¡ni á ustés ni á mí nos importa!
Me cogió la tía Repulgos,
que era una vieja asquerosa
que echaba cada responso
que encendía la custodia...
y me envió por las calles,
al *aquel* de la limosna,
pa que dijera:— ¡Hermanito,
que tengo á mi madre coja
y á mi padre casi ciego,
sin qué llevarse á la boca!—
Y el día que no entregaba
veinte riales pa la compra,
me ponía la cabeza
lo mismo que una zambomba.
Dimpués me puse á la venta
de papeles y de historias,
y, á fuerza de correr calles
pregona que te pregona,
no sacaba ni pa medio
panecillo y media copa.
¡Aquello era reventante,
como hay Dios! Un día el *Rosca*
fué y me dijo dice:—Oye,
Nicanor, hay ciertas cosas
que no puen ser. ¿Tú eres hombre?

¡Pus déjate de *panoplias*
y métete en los negocios
que te den dinero y honra!—
El *Rosca* me abrió los ojos,
y dende aquel punto y' hora



vivo como un señorito
y estoy ganando la gloria.
A veces uno anda torpe
y se descuida, y le embocan
en la cárcel, *por blasfemo*,
y se está un mes á la sombra.
¡Miá que por blasfemo! ¡Vamos

que la disculpa es guasonal!
¿Qué digo yo, cabayeros?
Cuatro ó cinco palabrotas,
y na más, y eso ¿qué tiene?
¡Tamién las dicen, y gordas,
los diputaos del Congreso
cuando arman alguna bronca!
Pero eso es una desgracia
que no vale una cebolla.
El caso es que yo me bebo
los vasos que se me antojan,
y si no pago, se achantan,
y si me chiyen, no cobran;
y yevo siempre sortijas
pa dárselas á mi moza,
y un duro en plata á la mano
pa que ninguno me tosa.
Tengo un compadre cantero,
que es una buena persona,
que se pasa todo el año
tomando el sol en la obra,
sin comer más que patatas
y tomates y otras cosas
indiznas de un cabayero,
y me ha dicho:—¡No te corras,
Nicanor! ¡Que en ese oficio
te está esperando la horca!
Trabaja, que es lo derecho...—
Pero yo no estoy pa bromas,
y antes que agarrar el cubo,
me echo al pescuezo una sogá.
Porque ¿qué es el hombre? Un bicho.
¿Y qué es el bicho? Una cosa.
¿Y qué es la cosa? ¡Pus eso!
Aquí el que no corre... *vola*.
¡Pus que trabaje el obispo,
que tié dinero de sobra!



EL CAMINO DEL CIELO

—No se moleste usted, padre Gabino, en dedicarme arengas y sermones... usted va con buen fin, pero yo opino que eso es gastar el tiempo y los pulmones. «El sendero del bien es muy estrecho, lleno de matorrales, de obstáculos enormes, colosales, donde espíritus firmes se han deshecho. La senda del pecado no es lo mismo. Ancha, florida, alegre á todas horas, oculta los horrores del abismo con velos de ilusiones tentadoras. ¡Por eso rara vez por la torcida

vía de la virtud vemos que avanza
un alma acongojada y dolorida
á quien sostiene sólo la esperanza;
y en cambio en el camino del infierno
se apiña multitud pecaminosa
que va arrastrada hacia el suplicio eterno
por la apariencia aleve y engañosal»

Eso me dice usted, padre Gabino,
sin creer que me dice un desatino.
Ustedes, sacerdotes virtuosos,
los que respetan su misión sagrada,
que aunque saben que hay diablos asquerosos
de todo lo demás no saben nada,
suponen que esa vida licenciosa
es una infame pero alegre vida,
puesto que siendo fruta prohibida
debe de ser sabrosa.

Y dicen á los fieles: «En el vicio
hallaréis los placeres, pero abajo
esperan las calderas del suplicio.
El practicar el bien cuesta trabajo,
pero luego se encuentra el beneficio.»

¡Error tremendo, padre! Usted ignora,
porque no lo ha probado todavía,
que un pecadillo leve de una hora
produce un amargor que dura un día.
Y un bien que se ha prestado ó recibido,
una acción meritoria
deja en un corazón encallecido
esa dulce emoción que sabe á gloria.
Causa el mal desventuras ignoradas
que atroz remordimiento hace secretas,
y siempre las pasiones desbordadas
dan mayores disgustos que sujetas.
¿Y la tranquilidad del hombre honrado
que es el supremo goce?
¿Y el desprecio hacia el tonto encanallado
que quiere ser feliz y es desgraciado

negando una virtud que no conoce?
¿Y el derecho á reirse del destino
y á encontrar en las penas un consuelo
que arranca las espinas del camino?
¡Cállese usted, por Dios, padre Gabino!
¡Si eso es mejor que el cielo, con ser cielo!





EL AVE MARÍA

I

Formado en el repecho de una loma
estaba el regimiento de reserva,
con las miradas fijas en el cerro
y con los pies clavados en la tierra.

Los jefes y oficiales en corrillos,
los soldados en filas incorrectas,
y á los lados bagajes, camilleros,
músicos, asistentes y cornetas.

Zumbaba en la campiña silenciosa,
bañada por un sol de primavera,
ese ruido de arcos militares
que imita el preludiar de la tormenta.

Todo el mundo escuchaba atentamente,
con mezcla de temor y de impaciencia,
el lejano rumor de la batalla

que ardía al otro lado de la cuesta.

Rumor que llega allí casi perdido,
como llegan las olas á la arena
quejándose al romper, á poco rato
de alzarse en alta mar grandes y negras.

Las descargas cerradas, los clarines,
los estampidos del cañón que truena,
los gritos, el estrépito, los ayes
de la carga brutal á la carrera.

De pronto todo aquello se aproxima,
se oyen las voces cada vez más cerca,
y el fiero relinchar de los caballos,
y el lúgubre crujir de las cureñas.

En las filas se apaga el cuchicheo,
se agrupan por instinto los que esperan,
y oscilan á la vez dos mil fusiles,
cual si un temblor extraño los moviera.

Apareció en la loma un ayudante
que se lanzó hacia abajo á rienda suelta,
y en seguida vibró la aguda nota
con que impuso silencio la corneta.

—Dios te salve, María,—dijo un quinto,
como pudo decir una blasfemia,
y mirando á los otros enseguida
se puso colorado de vergüenza.

En lugar de soltar la carcajada,
palidieron los que estaban cerca,
y... rodó la oración, de boca en boca,
por todo el regimiento de reserva.

—

La sencilla plegaria subió al cielo
pura y solemne, por llevar con ella
el llanto de las madres desdichadas
y el amor de las pobres lugareñas.

II

El sagrado perfume del incienso satura todo el aire de la iglesia, y los rayos de luz en las ventanas con los cristales de colores juegan.

En el altar mayor, entre dos cirios que con fúebre son chisporrotean, la imagen de la Virgen se levanta, con manto de tisú con lentejuelas.

Allá, en las altas bóvedas, parece que zumba el eco de plegarias tiernas, murmullos de oraciones fervorosas acompañados de invisible orquesta.

Y en el desierto templo nada turba ese sosiego místico que lleva á pensar en la dicha de los cielos y en las duras fatigas de la tierra.

Todo convida á orar. Una campana en la espadaña del convento suena, y á través de la espesa celosía desfilan lentamente sombras negras.

Los reverendos frailes se arrellanan en los anchos sillones de vaqueta y, á juzgar por las trazas, se disponen á continuar la interrumpida siesta.

Pero de pronto el órgano recibe la caricia del viento en las trompetas, y llena el templo todo con sus notas de augusta sencillez y de grandeza.

Lamentos de contritos pecadores que adoran á la Reina de las reinas, ayes de angustia, gritos de socorro la cadenciosa música semeja.

Se apaga el cuchicheo, y apoyando en los anchos respaldos las cabezas, rompe á cantar el coro:—Ave, María— con voces graves, varoniles, llenas...

—

También esta oración subió á la gloria con la del regimiento de reserva; pero ésta no pasó de los umbrales, porque San Pedro se durmió con ella.



CONFITEOR

I

—Padre, yo tengo un amigo
que es un poco calavera.
Quiere llevarme consigo
de broma y de borrachera.

Y yo he pasado un mal año
dudando continuamente
entre acudir al engaño
ó seguir siendo inocente.

—Pero ¿has vencido?

—¡He vencido!

—Pues por sola esa victoria
tienes casi conseguido
el galardón de la gloria.

—Sí, ya lo sé, señor cura;
pero es que, habiendo triunfado
y todo, se me figura
no estar limpio de pecado.

—¡Cómo es eso!

—Verá usted.

Á cada proposición
malévola, yo logré
resistir la tentación;
pero á solas luego en casa
se me escapa el pensamiento

y no sé lo que me pasa
porque no sé lo que siento.

El alma se me recrea,
sin querer, en muchas cosas
de que yo no tengo idea...
¡y me las pinta preciosas!



Veo, cerrando los ojos,
mucha luz, muchos brillantes,
mujeres de labios rojos,
atrevidas, incitantes,
que me llaman sonriendo
para ofrecerme caricias,
y como nada comprendo
de esa clase de delicias,
siento la sangre acudir
velozmente al corazón...

¡y no me deja dormir
la maldita tentación!
¡Si usted viera qué tormento!
¡Perdone usted si le digo,
señor cura, que hasta siento
cierta envidia de mi amigo!
—¡Esa es muy mala señal!
Si no consigues ser fuerte,
caes en pecado mortal
y el demonio va á vencerte.
¡Es tan astuto el demonio!
¡Piensa en tales ocasiones
que el bendito San Antonio
tuvo idénticas visiones!
—Ya lo pienso y ya lo sé.
—¡Y por celeste favor,
auxiliado por la fe,
salió siempre vencedor!

II

—Señor cura, arrepentido
vengo á confesarlo todo.
¡Soy un infame!
—¿Has caído?
—He caído, ¡y de qué modo!
—¿Tu amigo?...
—Seguí sus huellas;
¡me prometió tantas cosas!
—¿Y qué?
—Comimos con *ellas*...
¡Si vieras usted qué graciosas!
Eran morenas las dos,
con unos ojos así...

—¿Y no has pensado que Dios
no tendrá piedad de ti?

¿No meditas en la gloria
de San Antonio bendito,
que supo obtener victoria
en tal caso?

—Sí, medito,
pero es que el santo sin duda
para el momento oportuno
fué preparando la ayuda
del cilicio y el ayuno.

—¡Por eso venció y fué santo!

—¡Sí, pero no vencería
si hubiera bebido tanto
como yo bebí aquel día!



LA NOCHE DE ÁNIMAS

(MEMORIAS DE UN MUERTO)

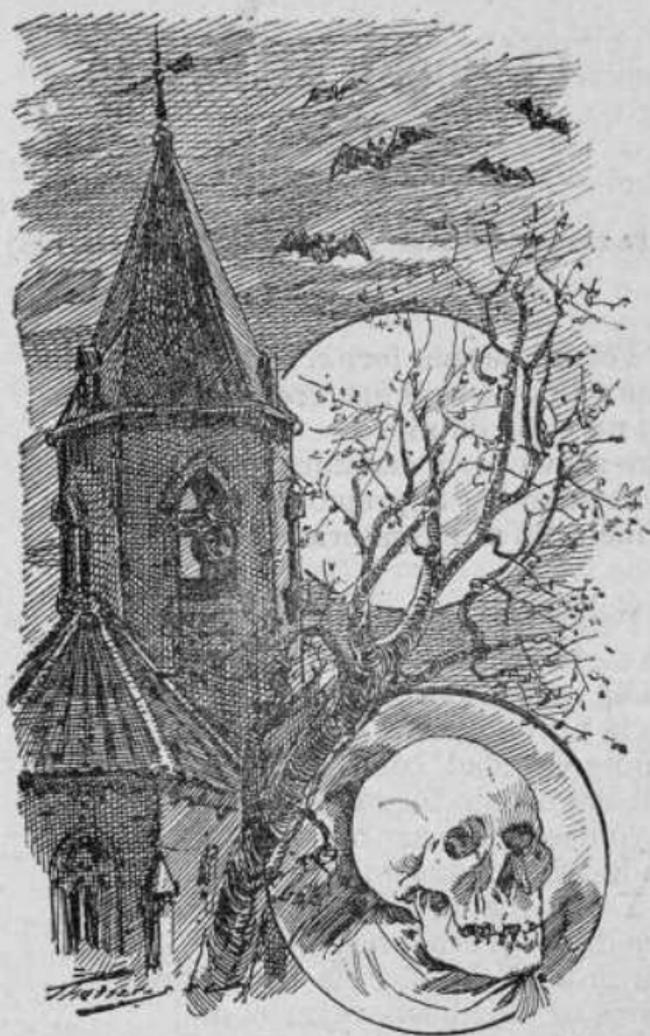
Por un pecado leve
que ya no sé cuál fué, creo que un beso
en un cutis de nieve
que suave borla embadurnó de yeso,
conoció el Ser Supremo mi impureza
y me echó al Purgatorio de cabeza.

Pasaron días, meses ¡no sé cuántos!
de torturas que el mundo desconoce,
hasta que, al dar las doce
de la noche del día de los Santos,
súbita claridad, como reflejos
del sacrosanto fuego de la gloria,
cayó desde allá arriba, de muy lejos,
en la triste mansión expiatoria.

Y una voz de dulcísima armonía
nos dijo:—¡Pecadores,
por orden del Señor de los señores
libres os dejo hasta rayar el día!

Las almas se lanzaron á la puerta
volando en pelotones hacia el mundo,
y en menos de un segundo
la inmensa cárcel se quedó desierta.

Subía hasta nosotros desde el suelo
murmullo de sollozos y plegarias;



brillaban lamparillas funerarias
como estrellas del cielo...
¡Era nuestra la noche! Las campanas
nos traían recuerdos expresivos

que á sus almas hermanas
enviaban los vivos...

Yo penetré en la casa que fué mía
buscando á Estefanía,
la fiel y dulce esposa
que por la Virgen me juró llorosa
morirse ella también, si me moría.

Y al acercarme al lecho,
¡aquel lecho nupcial casi sagrado!
me hubiera desgarrado
con rabia el pecho, si tuviera pecho.

¡Había un hombre allí! ¡Y Estefanía
apoyaba en su brazo la cabeza
con esa languidez de la pereza
que produce el amor, cuando se hastía!

Lo que pasó por mí no sé de cierto.
¡Tan honda fué mi pena,
que maldije mil veces la cadena
que me impidió morir estando muerto!

Bendijo aquella unión el sacerdote
lo mismo que la mía...

Acaso la pareja se quería
y aquel marido nuevo, aquel pegote,
del alma del antiguo se reía...

Ocupaban mi lecho
con perfecto derecho.

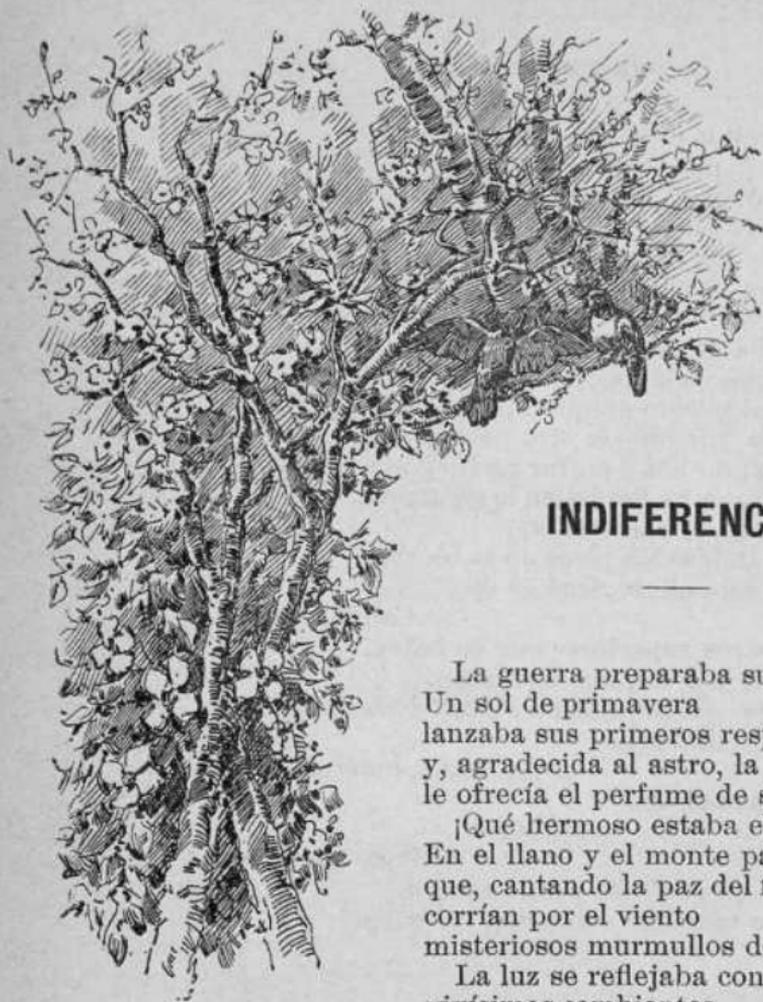
¡Aquello era legal! ¿Qué duda cabe?
¡Pero he sufrido lo que Dios no sabe!

¡Comprended estos celos impotentes
que golpean con látigos candentes!

¡Este suplicio eterno

en que todo consuelo es ilusorio!

¡Ay! Desde aquella noche el Purgatorio
es para mí algo más... ¡Es el Infierno!



INDIFERENCIA

La guerra preparaba sus horrores.
Un sol de primavera
lanzaba sus primeros resplandores
y, agradecida al astro, la pradera
le ofrecía el perfume de sus flores.

¡Qué hermoso estaba el día!
En el llano y el monte parecía
que, cantando la paz del firmamento,
corrían por el viento
misteriosos murmullos de alegría.

La luz se reflejaba con variados
vivísimos cambiantes

y, al parecer, tenían los soldados
bayonetas con puntas de diamantes.
Comenzó el tiroteo en las guerrillas
con ayes, maldiciones y gemidos,
y empezó el movimiento de camillas
para quitar de enmedio á los heridos.

Las apiñadas masas se movieron
en orden de batalla,

sonaron las cornetas, escupieron los cañones torrentes de metralla y, al olor de la sangre, poco á poco fué creciendo la rabia de manera que se iba el más cobarde, medio loco, á matar ó morir, como una fiera.

La lucha era reñida y se batía de verdad el cobre. Los huecos se ocupaban en seguida, y en el puesto en que un pobre dió la vida acudía á jugársela otro pobre.

Cuando iba á entrar en fuego la reserva, dos jilgueros hablaban lo siguiente, al borde de una fuente, limpiándose los picos en la hierba:
—¡Hola, amigo! ¿Qué es eso?

—Cañonazos.

Son seres superiores que se baten.

—Pues por mí, que se maten.

—Pues por mí, que se caigan á pedazos.

—¡Otra descarga!

—¡Dos! ¡Anda, morena!

—¿Has bebido?

—Hace rato.

—Pues disponte

á dar un *vulecito* por el monte, que la mañana, como ves, ¡es buena!





MISTERIOS

Por el placer cansada, duerme tranquila
reclinada en mis brazos mi Petronila,
modista de sombreros, joven, graciosa,
con dos ojos que valen cualquiera cosa.
Ha venido á mi casa furtivamente,
lanzándose á una empresa tan imprudente
porque me quiere tanto, según me jura,
que está casi á dos dedos de la locura.
Los labios encendidos, libre el cabello
y la frente ardorosa junto á mi cuello,
duerme con una calma que me consuela,
porque el remordimiento no la desvela.
Yo la esperaba ha poco, casi convulso,
con el alma agitada, trémulo el pulso

y deseando á ratos que no viniera,
por si hacía el demonio que alguien la viera.
Al fin llegó temblando, de miedo loca,
pálidas las mejillas, seca la boca;
en cuanto vió que estaba la puerta abierta,
ya quería volverse desde la puerta,
y cuando yo, muy bajo, casi al oído,
la dije: «Pero entonces, ¿á que has venido?»
tal impresión de espanto leí en su cara,
que estuve por decirle que se marchara.

.....

 Mi Petronila ahora duerme sin miedo;
ya el universo todo la importa un bledo,
y cualquiera diría que no ha pecado
al ver su lindo rostro tan sosegado.
Yo, que con santa calma beso su frente,
me digo, acariciando tranquilamente
su blonda cabellera, sedosa y riza:
¿Qué tendrá este pecado, que tranquiliza?





LA CORRUPCIÓN DEL SIGLO

Don Facundo y su señora
han tomado la manía
de endilgarme cada día
un sermón de media hora.

Y ya me cargan los dos
con el tema socorrido
de que el mundo está perdido
y olvidado ya de Dios.

—¡Vea usted! (me dijo ayer
irritado don Facundo).

¡Vea usted cómo está el mundo!

--¿Cómo está, vamos á ver?

—Como decía un doctor:
¡Atravesando una crisis
hasta que muera de tisis
y... otra enfermedad peor!

La política, una farsa
donde triunfa el más tirano,
mientras el pueblo pagano
hace el papel de comparsa.

Los negocios son chanchullos;
las posiciones, compradas;
las amistades, bobadas:
las reuniones, barullos.

La familia, una ilusión;
en cada casa un belén;
siempre sospechoso el bien,
siempre brutal la pasión.

No hablemos de honestidad
porque eso va siendo viejo;
puesto que el arte es espejo
que pinta la sociedad,
vea usted cómo está el arte
y dígame francamente
si una persona decente
va tranquila á alguna parte.

En el teatro imprudencias,
sandeces, majaderías
que llaman pornografías
por no llamarlo indecencias.

En los libros un conjunto
de detalles fríos, sosos,
cuando no son asquerosos
el estilo y el asunto...

Pues ¿y la conversación?
¿Puedo yo, vamos á ver,
ir con mi pobre mujer
á ninguna reunión?

¿Para qué, si se ha de hablar
del novio de la vecina,

de maridos en berlina,
de amores de lupanar;
todo con aditamentos
de anécdotas al oído,
frases de doble sentido
y chistes como pimientos?
¡Hombre! Ni puede siquiera
salir mi esposa á la calle,
porque ha tenido buen talle
y ha sido muy retrechera,
y da la casualidad
de que hay siempre un descarado
que, sin ver que estoy al lado,
la dice una atrocidad.

(Lo último es un exceso
de la vanidad traidora,
porque la pobre señora
está asegurada de eso.)

—Perdone usted, don Facundo,
dije, calmando su ira;
aunque parezca mentira,
voy á defender al mundo.

—¡Imposible!

—No, señor.

Ello no está bien, verdad;
pero no veo otra edad
en que haya estado mejor.

Larra, en distintos papeles,
se quejaba á todas horas
de las mujeres traidoras,
de los amigos infieles,
del triunfo de la osadía,
de la política artera,
y de que tan sólo hubiera
honor de guardarropía.

¿Más atrás? Pues don Ramón
de la Cruz, en sus sainetes,
pinta tunos mozalbetes,

doncellas de relumbrón,
manolas cuyos cortejos
convidan á los maridos,
el cinismo en los perdidos,
la hipocresía en los viejos...

¿Más atrás? Lope de Vega,
Calderón, Moreto, Rojas
llenaron hojas y hojas
con amoríos de pega,
damas de virtud dudosa,
galanteos indecentes,
¡las aventuras corrientes
entre el amante y la esposa!...

Pues ¿y Quevedo? ¡Pero, hombre,
si nos deja tamañitos
porque llama en sus escritos
á las cosas por su nombre!

¿Más atrás? La tiranía:
por dinero los honores,
con queridas los señores,
la plebe una porquería.

¿Mucho más atrás? Pues bien,
¡Roma! la reina del mundo...
Repare usted, don Facundo,
en que aquello era un belén.

La orgía, las bacanales,
la fuerza en sus formas rudas...
¡y las mujeres desnudas
sobre los carros triunfales!

¿Más atrás? ¿Voy á Israel?
Vamos. El pueblo escogido,
que estaba tan corrompido
que Dios no pudo con él.

Y conste que lo atestiguo
con verdades como templos,
¡porque está lleno de ejemplos
todo el Testamento Antiguo!

¿Más atrás? ¡Pues aunque corra

esta sociedad perdida,
no podrá estar en su vida
como Sodoma y Gomorra!

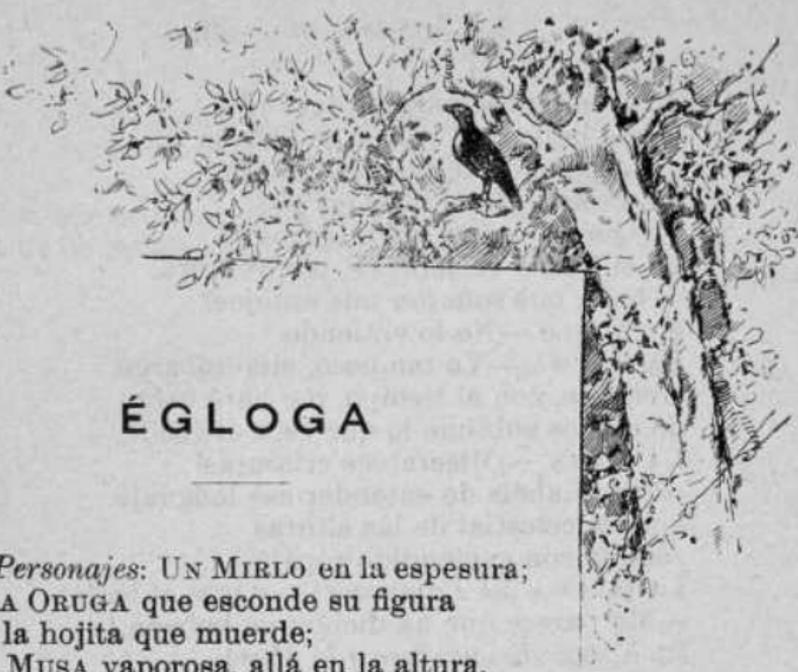
¿Y antes del diluvio? ¡Nada
queda igual ni por asomo!
Porque, dígame usted, ¡cómo
estaría la jugada

cuando no pudo pasar,
y el mismo Dios de Sión
tuvo que echar un borrón
para volver á empezar!

Y habiendo así terminado
aquella broma pesada,
me marché sin oír nada,
creyendo dejar probado

á don Facundo y señora,
sobre todo á don Facundo,
que jamás ha estado el mundo
menos perdido que ahora.





ÉGLOGA

Personajes: UN MIRLO en la espesura;
UNA ORUGA que esconde su figura
en la hojita que muerde;
LA MUSA vaporosa, allá en la altura,
y UN POETA tendido sobre el verde.

EL MIRLO (*dirigiéndose al gusano*).

—Tú que tienes la vista despejada,
¿quién es ese animal?—Un ser humano
que no está haciendo nada.

—¡Callad (*dice la Musa*), maldicientes!
¡No calumniéis á un hombre de talento
que recorre regiones diferentes
con el rauda volar del pensamiento!
¿Que no hace nada, ignaro?
(*esto va con el Pájaro atrevido*).
¿No sabes que yo amparo



á ese sujeto al parecer dormido,
y que bullen tal vez en su cabeza
concepciones de mágica belleza?

EL POETA (*frotándose los ojos*).

—¿Qué es eso? ¿Quién murmura
en el fresco verjel? ¿Es, por ventura,
el hada que soñaron mis antojos?

EL MIRLO.—No lo entiendo.

LA ORUGA.—Yo tampoco; sin embargo,
creo que, con el tiempo, me haré cargo
de que es sublime lo que está diciendo.

LA MUSA.—¡Miserables criaturas!
¿Cómo habéis de entender ese lenguaje,
música celestial de las alturas
vestida con espléndido ropaje?

LA ORUGA (*al Pajarraco*).—¿Oyes al hada?

—Me parece que ha dicho una bobada.

EL VATE (*dirigiéndose á la Musa*).

—¡Dios te bendiga ¡oh, tál que desde el cielo
vienes á darme inspiración infusa
para calmar mi anhelo!

Espíritu sin fin y sin principio
que velas en la tumba de mi madre,
escúchame, aunque el pecho te taladre...

EL PÁJARO (*á la Oruga*).—Eso es un ripio.

EL POETA (*iracundo*).—¿Quién se atreve
á criticar mis frases? ¡Algún necio
que dominado por la envidia aleve
pretende zaherirme! ¡Le desprecio!

LA MUSA.—No hagas caso
de tanto imbécil como sale al paso;
anda y dñle tus versos á tu amada,
que no te dirá nada...

.....
.....
EL MIRLO.—Dime, oruga,
¿sabes qué es poesía?

—No sé, porque me paso todo el día

sin salir de esta hojita de lechuga.

EL CÉFIRO (*al pasar como un cohete*).

—¿Por qué os metéis en discusión tan grave?

¡Ese que se ha marchado es un zoquete!

¿Qué es poesía, eh? ¡Ni Dios lo sabe!





DIVAGUEMOS

¿Que no hay trasmigración? Yo creo en ella.
Si no hubiera más datos, bastaría
el de ser una idea tan extraña
que no puede nacer de la inventiva.

Eso es intuición vaga y remota
como el *quid* interior que nos obliga
á adorar á un espíritu increado
y á creer en lo eterno de otra vida.

Además, en el cambio de envoltura
suele quedar el *aire de familia*
y persistir los rasgos más salientes
y grabarse el recuerdo de las líneas.

¿No hay quien tiene los ojos de mochuelo?
¿No hay quien tiene la cara de gorila?
¿Quién no ha visto chiquillas regordetas
que más parecen ranas que chiquillas?

Y además, esos trasgos espantables
que en sueños nos rodean y nos miran,
los misteriosos ruidos de la noche,
la luz que brota y muere en la retina,

las ilusiones todas, ¿quién ha dicho
con fundada razón que son mentira?
¿No pueden ser retratos de otros seres,
recuerdos de anteriores melodías,

rayos de otras hogueras y otros soles
que allá en el fondo de los ojos vibran...
¡sensaciones, en fin, de la materia
que á veces en los nervios resucitan?

Hay un punto no más en que conviene
todas las religiones positivas:
este punto es el centro de las almas,
que es punto de llegada... y de partida.

Si el espíritu va de los que mueren
á ese centro á parar, ¿será herejía
el suponer también que de allí sale
el que á los seres nuevos vivifica?

Y si á un hombre le toca en el reparto
una porción de espíritu de hormiga,
algo se acordará del hormiguero
y será laborioso... algunos días.

Así os explicaréis perfectamente
el hecho de encontrar en cada esquina
un gomoso que ha sido saltamontes,
una dama que ha sido cotorrita,

un sacristán que ejerce de lechuza,
una moza con visos de gallina,
un señor con ribetes de besugo
y un sujeto que fué caballería.

Yo conozco bastantes caballeros
con caras de personas distinguidas
que en otra encarnación han sido moscas,
¡y siguen siendo moscas todavía!

¡AY, AMELIA!



Con un lujo escandaloso
y ese mirar descocado
que forma el sello afrentoso
de las reinas del pecado,

dejando un rastro de aromas
que me han costado el dinero
y sonriendo á las bromas
de tal ó cual majadero,
con esa altivez bravía
que tu condición te da,
pasaste ayer, vida mía,
por la calle de Alcalá.

Un sombrero muy bonito
con un ala exagerada
y el cadáver de un lorito
con la cabeza encarnada;
tu abrigo de terciopelo
negro, con forros granate,
y un *boa*, que llega al suelo,
de color de chocolate.

Falda de seda crujiente
que, por si acaso llovía,
te alzabas bonitamente
con mucha coquetería,
para enseñar, al descuido,
con aire provocador,
esas medias que han tejido

los diablillos del amor.

Además, sobre los guantes,
cadenas y brazaletes,
y un aluvión de brillantes
en botones y corchetes.

¡Vive Dios! que nadie iba
por la calle de Alcalá
más vistosa y llamativa
que el fruto de tu mamá.

Yo te vi... *pasar ligera*,
como dice la canción,
recogiendo por la acera
palabras de admiración,

y me asaltó en el instante
una reflexión muy rara:
—Pues, señor, está elegante;
pero me cuesta muy cara,

¡pero muy cara! Y lo malo
es que el lujo de esta moza
yo sólo se lo regalo,
y es el mundo quien lo goza.

Ya sé yo que tú me quieres;
sin embargo, he decidido
renunciar á mis deberes
de amante favorecido...

En otro tiempo, ¡ahí verás!
ardiente y enamorada,
me gustabas mucho más
sin adornos y... sin nada.

Y hoy suspendo mis visitas,
porque ya no me convienes
por eso. Porque te quitas
lo más bonito que tienes.



FUMEMOS

La vida es un cigarro. Ya se sabe.
Se ha dicho siempre y en distintos tonos.
Y se fuman los hombres sus hojitas
sin saber que se fuman á sí propios,
los unos con papeles perfumados,
con envoltura pésima los otros,
y algunos en vegueros imperiales
con su cubierta plateada y todo.
Este sabe chupar, y saca el jugo;
aquél no sabe, y se le acaba pronto;
quién, por fumar de prisa, le consume;
quién, va apurando el goce poco á poco.
Unos encuentran fuerte su tabaco,
otros le juzgan demasiado flojo,
y después del placer de una chupada
les queda el amargor á casi todos.

A cada aspiración se va gastando
la ilusión de fumar, que es un tesoro;
y hay quien tira el cigarro antes de tiempo
por echarlas de listo y darse tono.
Cuando se va acabando la colilla
y quedan en los labios los despojos,
¡qué pena debe dar! ¡Será una cosa
de darse en cuerpo y alma á los demonios!
Cada lance de amor una chupada,
que hace daño y marea, y vuelve loco,
chupada la esperanza que se pierde,
chupadas los delirios del negocio,
heroísmo, amistad, cariño, gloria...
todo se escapa á bocanadas, ¡todo!
Y á fumar nos obligan; ¡pues fumemos!
Tabaco que no luce es un estorbo.
Si se deja el pitillo y no se chupa,
¡resulta luego que se apura solo!





TODO EL MUNDO

AY una tontería
en todas las cabezas arraigada,
que crece cada día
y hace á la humanidad muy desgraciada.

Consiste en la creencia
de que el género humano, todo entero,
directamente influye en la existencia
de un solo ser, señora ó caballero.

—*Todo el mundo* me insulta y me escarnece—
dice algún desgraciado
que no goza la renta que merece
porque se la ha bebido ó la ha jugado.—
Ya nadie me saluda,
ya todos me sonríen con desprecio,
de mi honradez se duda,
y unos me llaman pillo y otros necio...

Otro exclama:— Mi esposa,
á quien yo nunca quise, por más señas,
me ha salido indecente y asquerosa
y me ha puesto el honor cual digan dueñas.

Por eso ya no llevo alta la frente
ni puedo sustraerme á las hablillas,
ni alternar con la gente
que me mira, burlándose, á hurtadillas...
¡La vida es imposible; ya presiento
que voy á morir pronto!—

—¡Ah!—le grita al momento
el sentido común.—¡No seas tonto!
porque ese *todo el mundo*
que piensas que te infama á todas horas
con desprecio profundo,
se compone, á lo más, de cien señoras
y otros cien conocidos
que encuentran murmurando sus placeres,
y tienen qué callar de sus mujeres,
ó tienen qué callar de sus maridos.
Y ¿qué es eso, buen hombre,
si vas y lo comparas en seguida
con esa multitud desconocida
que no sabe ni el santo de tu nombre?
¿No resulta á la postre, bien mirado,
que nadie se ha enterado?

Además, es seguro que esos ciento
cuya opinión te arredra y amilana
se ocupan de tus cosas un momento
y te olvidan mañana...

Yo conocí un sujeto muy decente
á quien dejó su novia de repente,
y cometió por eso la torpeza
de pegarse un balazo en la cabeza.
¿La querría tal vez? No la quería;
pero tenía miedo
de que le señalara con el dedo
todo el mundo, y huía

del ridículo atroz (!) en que caía.

Y ¿qué resultó luego? Que era un bolo.
Entre amigos, parientes y vecinos,
doce personas lo sabían sólo,
¡y á nadie le importaba tres cominos!



AMOROSAS



I

Estoy resuelto, Brígida, á robarte.
Nos escapamos en el tren, ¿te enteras?
y vamos á parar... á cualquier parte.
Luego te dejaré donde tú quieras,
¡porque es claro que tengo que dejarte!

II

Defectos me parecen tus encantos
desde que sé que los conocen tantos.

III

No, pues si de aquella cita
se ha enterado el Juez eterno,
no nos salva del infierno
ni la caridad bendita.



IV

Los amores del alma son consejas
que no se pueden escuchar con calma,
porque también las viejas tienen alma
y nadie se enamora de las viejas.

V

Que el demonio la tienta
me dijo Amparo;
y yo la dije: Niña,
¡quién fuera el diablo!

VI

Quisiera yo saber las tonterías
que sueña Encarnación todos los días,
porque hay seres sencillos
que, al soñar, no se paran en pelillos.

VII

¿Di un abrazo á Ramona y me perdona?
¡Pues ya empiezo á cansarme de Ramona!

VIII

Hoy hace mes y medio que, imprudente,
jurabas adorarme eternamente
sentada en mis rodillas,
y ya á mi lado te consume el tedio.
¡Sois el mismo demonio las chiquillas!
¡Llamáis eternidad á mes y medio!

IX

Si dejas á tu novio
que se propase,
te lo ha de echar en cara
cuando se case.

X

He soñado, Matilde, que volvían
las falanges aquellas
de siervos del Korán, que nos vencían,
y que á ti te escogían
para el tributo de las cien doncellas.
¡Y yo, que era soldado visigodo,
me hartaba de reir, dormido y todo!

XI

La constancia en amor es la celada
que arregló con engrudo Don Quijote:
si se la pone á prueba con la espada
del tiempo ó el desdén... ¡se ve el pelote!

XII

¡Qué guerra te daría
si me volviera pulga cualquier día!

XIII

La pasión ha matado á mucha gente,
pero el siglo es burlón, amiga Rosa,
y á los que caen entierra indiferente.
Viene luego una ciencia incompetente
y dice que se han muerto de otra cosa.

XIV

Me ciega la pasión de tal manera
á solas encontrándome contigo
que, si en mí consistiera,
volvería á perder á España entera
por la misma razón que don Rodrigo.

XV

Si merece el fuego eterno
quererte más de lo justo,
vas á llenar el infierno
de personas de buen gusto.

XVI

El amor material es un pecado,
pero nadie por él se ha condenado,
pues queda el pecador arrepentido
en seguida de haberle cometido.

XVII

Siempre diciendo:—¡Imprudente!
¡Me da vergüenza! ¡No puedo!... —
Vaya, hablemos francamente:
tú llamas pudor... al miedo
de que lo sepa la gente.

XVIII

Es un cigarro la pasión, chiquilla.
¡Con qué delicia se le prende fuego!
Se acaba de fumar, se escupe, y luego..
se deja en cualquier parte la colilla.

XIX

¡Yo de la muerte envidiaré la suerte
cuando duermas en brazos de la muerte!

XX

Tú quiéreme un cuarto de hora
no más, de mentirijillas;
que, como yo le aproveche,
no has de olvidarme en tu vida.



¡ATRÁS!

Un tropel de enemigos del idioma
decidido á embestir por cualquier parte
va á caer sobre el arte,
como entraron los bárbaros en Roma.
El *couplet* por aquí, por allí el tango,
detrás de cada chiste una impureza...
y sube la marea, y crece el fango
que ahogará en inmundicia la belleza.
Una turba de niños nos abruma
con la audacia sin fin del majadero;
se salen del pañal, toman la pluma
y dejan la vergüenza en el tintero.
El programa es el mismo para todos:
no hay amor, ni pasiones, ni ideales;
no hay más que vengadoras y beodos
con instintos brutales.
¿Se trata con *genial* delicadeza
de hacer la disección al hombre vivo?
Nada de corazón, ni de cabeza:
¡la cuestión es el tubo digestivo!
Preferir á los buenos idiotas,



coger del mundo lo peor que tiene
y buscar palabrotas
para acabar un párrafo que suene.
¡La verdad ante todo!
y el lenguaje más real es el grosero.
¿No hablan los carreteros de ese modo?
Pues ¿por qué no escribir en carretero?
¡Copiemos la verdad! De aquí resulta
que sólo es verdadero lo canalla,
que se toma la musa por pantalla
y que en lugar de discutir se insulta.
¿Y es ése el porvenir? ¿Querrán con esto
matar la poesía, noble, hermosa,
bajo el falso supuesto
de que la vida humana es sólo prosa?
¡No puede ser! ¡Atrás, innovadores,
si no hacéis las reformas de otro modo!
Serán de trapo y de papel las flores,
pero es bobada preferir el lodo.
¡Atrás! y con la música á otra parte.
Ni eso es literatura,
ni por ese camino se va al arte,
que se basa en la gracia ó la hermosura.
Si ha de buscarse brillantez de estilo
con cosas sucias y costumbres malas,
¡volvamos á los tiempos de Batilo
y á tratar de pastores y zagalas!



AGITÉMONOS

¡Dichoso aquel que no ha visto
más río que el de su patria
y duerme anciano á la sombra
de pequeñuelo jugaba!

¡No! ¡Dichoso aquel que vuela
raudo y libre como el águila
y deja el caliente nido
cuando se siente con alas!
El barco amarrado al muelle
se pudre sin hacer nada,
y es lástima que se gaste
la brea que en él se gasta.
Tienda orgulloso las velas,
rompa los cables y vaya
á pasear por los mares
la bandera de su patria.
El que hoy se acuesta sabiendo
lo que va á pasar mañana,
sin ilusiones ni penas
ni placeres ni batallas,
nace en cama miserable
y muere en la misma cama,
sin que al correr de los años
se le despeguen las sábanas,
debe vivir abrumado
con lo que le estorba el alma.
Santo y bueno que se guarden
los recuerdos de la infancia,



que refrescan el espíritu
y aminoran las desgracias,
pero corriendo con ellos
tras emociones variadas
á luchar con las pasiones,
siempre alerta y siempre en guardia.
¿Por qué razón es dichoso
quien vive en perpetua calma
y no sabe si hay más tierra,
ni más cielo, ni más agua
que el terruño en que se aburre
y las nubes que le tapan
y el arroyuelo que lame
la puerta de su cabaña?
¡Esa es la vida del árbol
que crece donde le plantan,
y sin pesar ni alegría
cae á los golpes del hachal
La felicidad se encuentra
combatiendo por lograrla,
y hasta el vencido en la lucha
es dichoso en su desgracia.
No hay vida sin ilusiones
ni placer sin esperanzas,
y el mundo es bello, y morirse
sin conocerlo da lástima.
Sobre que Dios, el gran día
en que se pesen las faltas,
pedirá á sus criaturas
obras, ó buenas ó malas,
y distinguirá á los hombres
que hicieron uso del alma
de los que fueron pedruscos
clavados en las montañas.

LA MUCHEDUMBRE

No se sabe por qué, pero es seguro
que cayó el presidente del Consejo
con fama tal de sanguinario y duro,
que se vió en un apuro
para escapar á Francia con pellejo.

Al enterarse el pueblo de que huía
sintió deseos de blandir el palo,
porque la gente tiene la manía
de arrear al que corre, bueno ó malo.

Empezaron por calles y plazuelas
á murmurar los hombres en corrillos,
á reir y á chillar las mujerzuelas
y á cantar indecencias los chiquillos,
hasta que de repente,
y empujada por fuerza misteriosa,
la gran masa de gente
rompió en aullidos y avanzó furiosa.

¿Quién sugirió á la plebe soberana
una idea feroz? No se ha sabido,
pero la tromba humana
cayó en la casa que habitó el caído
y todo lo arrasó. De tal manera,
que no dejó siquiera
ni un cuadro, ni un papel, ni una moldura;
el populacho es ciego
y nada le detiene ni le apura
si se decide á entrar á sangre y fuego.

Cayeron á pedradas
las puertas, y guardianes y criados,
muertos á puñaladas,
fueron bárbaramente mutilados.



Y hasta un niño inocente, que dormía
en su cuna preciosa
con cortinajes de color de rosa,
como el albor del día
que cuando empieza á fulgurar se acaba,
fué herido por la faca de un salvaje

que rasgó la batista y el encaje
sin fijarse tal vez dónde pinchaba.

Surgió el incendio, se extendió imponente,
hundióse con estruendo la techumbre,
y lo que respetaron casualmente
la piedra y el puñal, quedó en la lumbre.
Entonces, harta ya, la muchedumbre
se marchó á descansar tranquilamente.

—

¿Quiénes son esas fieras? ¿De qué abismos
sale esa multitud devastadora?

De ninguno. Los hombres son los mismos
que vemos en la calle á cualquier hora.

Y si á fuerza de estudio y de trabajo
pudierais conocerlos, uno á uno,
veríais que ninguno
es capaz de matar un renacuajo.



EN LAS ALTURAS



—¿Está San Pedro bendito?

—¿Quién es?

—Una pecadora que quiere saber la hora de hablar á Dios infinito.

—Pues San Pedro no está aquí; anda un poco constipado esta tarde, y me ha dejado en la portería á mí.

Pero ocupo este banquillo con la misma autoridad del apóstol.

—¿De verdad?

¡Pues es usted un chiquillo!

—No hay que fiarse en tamaños; soy serafín chiquitín...

—¿Conque es usted serafín?

Que sea por muchos años.

—Soy del coro, toco y canto.

Vea usted el arpa de oro.

—Pues yo también soy del coro de los Bufos.

—¡Cielo santo!

¿Conque compañera?

—Sí.

Aunque indigna compañera.

—Pues es usted la primera que ha venido por aquí.

—Porque yo he sido más lista
que las otras, y me he dicho:
«Puede que tenga el capricho
Dios de ponerme en la lista.»
—No es caprichoso el Señor,
y el que en pecado viniere
no entrará.

—Pero si Él quiere
puede hacerme ese favor.

—Pero no querrá.

—¿Por qué?

—Porque la justicia es antes.

¿Qué virtudes relevantes
son las que presenta usted?

—Pues... una voz que ¡yo entiendo!
y un cuerpo que da la hora.

—¡No diga usted eso, señora,
que me está comprometiendo!

¡Aquí no hay voz ni hermosura
que disculpe un enredijo!

—No se sofoque usted, hijo,
que le va á dar calentura.

¿Quiere usted que hable formal?

Hablaré. Yo he sido atroz,
porque sólo con la voz
se vive bastante mal.

Una gana doce reales,
si los gana, ¿y eso qué es
si la piden cada mes
unas botas imperiales?

Hay que aceptar pretendientes,
amar en broma y de veras,
y reventar calaveras
y desplumar inocentes...

Yo era buena y era honrada;
pero quise á un ciudadano
que *casi* pidió mi mano
y me jugó una trastada.

¡Pero superior!

—¿Sí, eh?

—Desapareció el maldito
dejándome un angelito
tan hermoso como usted.
¿Qué iba á hacer? Joven, hermosa...
triunfé de mala manera,
y porque el hijo viviera,
la madre fué... cualquier cosa.
En la escena el relumbrón,
las mallas, el oropel...
y allá en la guardilla, aquel
pedazo del corazón.

¡Quién podía sospechar
que los mimos que vendía
me daban al otro día
paz y dicha en el hogar!
¿Que fuí mala? En eso estamos;
pero Dios sabe mi historia.
Que Él me destine á la gloria
ó al infierno. Conque, vamos,
aquí ó allá, una de dos:
¿me deja usted entrar, ó qué?
—Compañera, pase usted,
¡que la ha perdonado Dios!





EL OTRO MUNDO

Dominando los nervios, que hace días,
en continua tensión, la paz alejan
y á fuerza de fatiga y de trabajo
me están poniendo como digan dueñas,
por un esfuerzo enorme del espíritu,
casi agotando las escasas fuerzas,
pude dormirme al fin, con ese sueño
ligero, inquieto y breve de la anemia.
Un sueño trabajoso, en que la sangre
no circula tranquila por las venas,
y no borra las huellas del cansancio,
sino que las ahonda y las aumenta.
Todo vibraba en torno. Parecía
que entre las sombras de la noche negra
emprendían los átomos del aire



desatinada y rápida carrera.
Y... surgieron del caos, de repente,
figurillas extrañas, tan pequeñas
que podrían caber muchos millones
en el sitio que ocupa una lenteja.
Afectaban las formas más variadas
que ven los ojos y la mente sueña,
gnomos, hadas, gusanos, mariposas,
genicillos, ondinas y sirenas...
¡Y hablaron á la vez! Y me dijeron
con un dejo de orgullo y de firmeza:
—¡No queremos que duermas esta noche,
queremos que nos oigas y nos veas!
Te burlarás mañana de nosotros
si nos crees, cuando pienses que despiertas,
engendros de la fiebre, creaciones
de tu imaginación calenturienta,
¡y harás mal en burlarte! Porque somos
los dueños y señores de la tierra,
los eternos motores de la vida,
los gérmenes eternos de la idea.
Vivimos en los hilos invisibles,
tenemos por cuarteles las moléculas
y en continua labor nos agitamos
en el vibrar sin fin de la materia.
¿No has oído, despierto, muchas veces
esos vagos rumores que se alejan,
esos lamentos sordos de las sombras,
esos hondos chasquidos de la tierra?
Nosotros los hacemos. De ese modo
inexplicables á vosotros llegan
los ecos de las tumbas de los muertos
y el ruido de las almas que revuelan...
Nuestros son esos cantos misteriosos
que susurran las hojas en las selvas,
los murmullos monótonos del río,
los rugidos del mar en las galernas.
Os traemos la luz con nuestros cuerpos

rodamos con la sangre en las arterias,
y del cerebro en la intrincada urdimbre
trabajamos ocultos en las celdas.

Vuestro orgullo satánico os engaña:
lo que creéis ser vuestro es obra nuestra,
los chispazos del genio, las delicias
del amor, el suplicio de las penas...
¡Vosotros, los gigantes, no sois nada!
¡Lo grande está en nosotros, en la esencia!

.....
Cesó el discurso, y al rayar el día
se escapó bruscamente la caterva.

—
Yo admiro desde entonces con respeto,
como si fueran mundos, las moléculas
que en polvillo sutil, tenues, brillantes,
en los rayos de luz revolotean.



A PONCIO, PERIODISTA



Es lamentable desdicha
que una costumbre perversa
permita á cualquier mastuerzo,
virgen de libros y escuelas,
ir donde nadie le llame

y hablar de lo que no entienda,
y ponga, Poncio, en tus manos
la palanca de la prensa.

Tú de política sabes
lo que yo de hacer calcetas,
y en política te metes
y discutes los sistemas.
Si quieres, á los ministros
les pones cual digan dueñas
y hasta escribes con frescura
párrafos de esos que empiezan:

«Nosotros aconsejamos
á su majestad la reina...»

¡Y luego da risa, Poncio,
ver lo que tú le aconsejas!
Tú no entiendes palotada
del arte de hacer comedias,
y acudes á los estrenos,
y bulles, y faroleas,
y á cambio de bombos, pides
favores á las empresas,
cuando no sales diciendo
lo de «triste decadencia»

y lo de «inmunda bazofia
de los teatros por piezas...»
¡Ni sabes de eso palabra,
ni hace falta que la sepas!
Los consejos literarios
ni se siguen ni aprovechan;
el ejemplo es lo que cunde
y el modelo es lo que enseña.
Si te importa el arte, baja
del pedestal á la escena
y haz un jugueteillo de esos
que dices que hace cualquiera;
verás, Poncio, cómo sudas
y qué silbidos te llevas,
que muchos Poncios bajaron
y se oyó la grito en Cuenca.
Tú en aritmética ignoras,
de las cuatro, las tres reglas,
y compones con guarismos
desperfectos de la hacienda.
No siendo nadie ni nada,
deprimes, ensalzas, pegas,
y sin tí no hay en el mundo
bailes, banquetes ni fiestas...
Vergüenza da que entre cuatro
deshonrés la clase entera
y donde sobra el ingenio
á entrar ¡oh Poncio! te atrevas;
que la trompa de la fama
suene alabando simplezas
¡y que la toquéis vosotros,
que no valéis tres pesetas!





EL MUERTO

Al pie de un matorral, sobre pedruscos,
en lo más intrincado de la sierra,
yace tendido un hombre, cuya sangre
se va escapando por la herida abierta.

Tras el tupido velo de la noche
las rocas y los árboles proyectan
sobre la limpia sábana de nieve
mil espantables sombras gigantescas.

Solo está el pobre muerto, con las manos
agarrotadas, rígidas y yertas
clavadas al fusil, por el impulso

de la terrible convulsión suprema.

Es un carabinero. Cuando lleguen los compañeros que á buscarle vengan, le encontrarán envuelto en el sudario que le está preparando la tormenta.

Su mujer, entretanto, allá en el valle, dispone alegre la sencilla mesa y arrima los pucheros á los troncos que en el ancho fogón chisporrotean.

Alborotan la casa los chíquillos gimiendo y suspirando por la cena; la madre, despreciando la ventisca, mira y remira la lejana selva, y cuando el más hambriento le pregunta: —Pero ¿no viene padre?—le contesta: —Ya no debe tardar, conque, ó te callas, ó te va á dar azotes cuando vuelva.

—

¡No volverá jamás! Porque otro pobre que sale de su choza cuando nieva, para poder meter de contrabando unas cajitas de tabaco de hebra, juzgó buena ocasión aquella noche de ganarse un puñado de pesetas, tropezó con el guardia en el sendero y le metió una bala en la cabeza.

—

Allí quedó el cádaver. El delito con su manto cubrió la noche negra, ahogó el trueno los ayes de agonía, y espesos copos borrarán las huellas.

Sólo entonan grandiosos funerales
el vendaval que silba en las cavernas
y el indómito mar, que zumba lejos
batiéndose furioso con las peñas.

—

Todo puede explicarse en este mundo.
A no inventar el diablo las fronteras,
¡maldita la importancia que tendrían
unas cajitas de tabaco de hebra!





DE LO VIVO Á LO PINTADO

García, publicista distinguido
y escritor atildado,
no necesita un bombo exagerado,
puesto que es demasiado conocido.

Pinta de tal manera,
con una observación tan verdadera,
los tipos populares,
que, leyendo á García, ve cualquiera
caracteres, costumbres y lugares.

¡Qué sencillez! ¡Qué sal, Virgen María!
Si pudiera dejar la sepultura
don Ramón de la Cruz, envidiaría
la fresca inagotable donosura
del chispeante ingenio de García.

Y le decían todos:—¿No da pena
que teniendo esa gracia de la buena,
copiando el natural con tal salero,
no vayas á buscar fama y dinero
lanzándote á escribir para la escena?

La gloria teatral es tentadora,
la multitud que aplaude dominada
ofrece condensada
la dicha de una vida en media hora.

Y García cedió; soñó laureles,
pensó en el triunfo del primer estreno,
preparó los papeles
y quiso hacer un plan sobre el terreno.

Por lo cual, una noche de verano
se marchó á la verbena, de trapillo,
con un bastón de nudos en la mano
y un duro, *pa aguardiente*, en el bolsillo.

Metióse por un corro á la ventura,
y en cuanto vió una chica apetitosa,
le dijo muy plantado:—Adiós, graciosa,
¿se quiere usted bailar con este cura?

La chulapa aceptó, ¡pues ya lo creo!
y empezó el incitante contoneo
de ese *schotis* ceñido, tanto, tanto
que, siendo un acicate del deseo,
tiene de baile lo que yo de santo.

.....
Á las pocas palabras, vió García
que la moza tenía
ese genial donaire sandunguero
de la mujer *baril*, que no se cría
más que allá por la calle del Bastero.

Socarrona y mordaz, siempre dispuesta

á vencer al contrario por la audacia,
y que á todo contesta
porque trae en los labios la respuesta
que es un disparo de cañón... con gracia.

Y como aquel carácter puro y neto
le venía de perlas á su objeto,
García recordó que era notorio
su don de observación para estas cosas,
y soltó á la muchacha el repertorio
de frases ingeniosas.

¡Qué ocurrencias! ¡qué chistes! ¡qué derroche
de sal y de talento!

Puede decirse, en fin, que aquella noche
estuvo el escritor en su elemento.

Su pareja mirábale asombrada,
y cuando él la creía entusiasmada,
le dijo secamente:—Oye, gracioso,
¿camelitos á mí? ¡Pues no te empringues,
que tú quiés distinguir, y no distingues
y hueles á cien leguas á patoso!

—

Poco después, mohino con la *guasa*,
pensó García al retirarse á casa:

—Pues señor, todos dicen que he logrado
retratar á esta gente de tal modo
que se respira la verdad en todo...
pero me han engañado.

Quien me debe entender no me ha entendido,
¡luego no está el retrato parecido!

En la revista ó en el libro pase,
porque lo leen personas de otra clase;
pero si hago un sainete cualquier día
y esa gente del corro
ocupa como juez la galería,
me dirá con razón que soy un porro

que no he visto Madrid ni por el forro.
Convengo en que el aplauso enorgullece:
pero yo, por si acaso, cojo y cierro
mi plan con siete llaves... ¡Este perro
no es tan fácil de inflar como parece!





TOMANDO CAFÉ

Heme aquí, repantigado
en la mullida banqueta,
con los codos sobre el jaspe
y un cigarrillo en la diestra,
contemplando los vapores
de la tacita que humea.
Mitad café y mitad leche
he dicho que me sirvieran,
y creo con fundamento

que me han traído una mezcla
de garbanzos, achicorias,
carbonato de magnesia,
almendras dulces tostadas,
cañamones... y otras hierbas.
Lo gracioso es que sabiendo,
como sé por experiencia,
que esta pócima es malsana
y el estómago estropea,
voy á tomarla á sorbitos
con delicia manifiesta,
y á decir que me ha gustado
y á dar dos reales por ella.
Si esto no es una bobada,
¡que venga Dios y lo vea!
Verdad es que también fumo
un tabaco que me apesta
y, además, me va poniendo
la dentadura muy negra.
¡Hace el hombre tantas cosas
malas y que le molestan!
¿No he tomado los amores
como una cuestión muy seria,
y he creído á las mujeres,
y hasta he sufrido por ellas?
¿No me atormentan los celos
y las entrañas me quemán
por algo que no me importa
cuando lo miro de cerca?
¿No sabía de antemano
que eran tonterías esas?
¿No he pasado algunas noches,
como un imbécil, en vela
en esos bailes malditos
de la Alhambra y la Comedia,
sabiendo que me aburría
como se aburre cualquiera,
y que estaría en la cama

mejor que allí, dando vueltas?
¿No he contraído amistades
perjudiciales ó necias,
estando yo convencido
de que perdía con ellas?
Pues ¡qué diablo! si no puedo
prescindir, aunque quisiera,
de chupar hojas amargas
en tosco papel envueltas,
ni de mujeres que mienten,
ni de celos que me ciegan,
ni de diversiones tontas
donde no hay quien se divierta,
ni de amigos que me cargan,
ni de conocidos *pelmas*,
dejémonos de sandeces
y empecemos la tarea
de tomar este brebaje
que vale media peseta.
La humanidad se ha empeñado
en que son cosas muy buenas
muchas que me perjudican
y algunas que me revientan,
y yo... ¿qué he de hacer yo solo
si la humanidad se empeña?



LOS LADRONES

I



Con gravísimo riesgo de su vida,
trémulo el paso, la mirada incierta,
temblorosa la mano encallecida
que ruda oprime la navaja abierta,
penetra en coto ajeno un miserable
como entra en el redil hambriento lobo,
por la fuerza indomable
del mal instinto que le empuja al robo.
Todo le da temor, todo le espanta,
el ruido de sus pasos le estremece,
y el aire que respira le parece
la presión de un dogal en la garganta.
Si el enemigo oculto está despierto,
si le esperan allí, si le han oído,
puede darse por muerto
sin lucha, sin escándalo, sin ruido...
y si logra vencer, y roba y mata,
le cogerán tal vez. Tendrá su pena,
y un puñado de plata
le costará la muerte ó la cadena.
Saliendo bien librado,
sello de infamia marcará su frente;
á su sola presencia huirá la gente

como de un apestado
y, mientras viva, llevará consigo
la memoria del crimen, por castigo.

II

Preparando el delito lentamente,
saboreando el goce
de engañar á la víctima inocente
que el terrible peligro desconoce,
seduciendo con frases mentirosas
á la pobre doncella
que piensa que el amor es para ella
manjar de reinas y placer de diosas,
acecha la ocasión otro bandido
y, también por la sombra protegido,
roba la fruta del cercado ajeno
á mansalva, á traición, hallando bueno
todo el plan para el crimen concebido.
Cuando se sepa el robo al otro día,
contado... por el mismo delincuente,
no habrá quien no se ría
de la niña inocente
que perdió su ventura y su alegría.
Se tratará al ladrón con miramientos,
mil aventuras le saldrán al paso,
y los remordimientos
serán para la víctima... si acaso.

—
¡Buena está la justicia! ¡buena, buena!
¡Siempre burla las leyes el más tuno!
¿Merecen los ladrones la cadena?
¡Pues ponérsela á todos... ó á ninguno!

FLORES DE MAYO

Encendidos los labios y las mejillas,
vestiditas de blanco, lindas y hermosas,
ante el altar de hinojos cuatro chiquillas,
ofrecen á la Virgen ramos de rosas.

El órgano entretanto ríe y gorjea
cantando los celestes puros amores,
y la imagen parece que se recrea
con el suave perfume de aquellas flores.

Las cuatro criaturas de labios rojos,
contentas y orgullosas de su ventura,
sin quitar de la Virgen los claros ojos
van entonando un himno del señor cura.

Himno que no carece de poesía
y, poco más ó menos, dice en esencia:
«Madre del Dios del cielo, Virgen María,
consérvame el tesoro de la inocencia.»

La niña que á las otras daba el ejemplo
al templo, de reojo, pasó revista,
y al llegar á un oscuro rincón del templo
se rió... con el hijo del organista.



Y guardando la rosa más encarnada
y más grande de todas las de los ramos,
le dió á entender al chico con la mirada:
—Para que me la pidas cuando salgamos.

Hacia el altar los ojos volvió en seguida,
y al decir lo de «Madre, dame el tesoro...»
se quedó tan pasmada, tan adurdida,
que por poco allí mismo se acaba el coro,
pues creyó que la Virgen estaba haciendo
ligeros movimientos con la cabeza
y miraba á la gente como diciendo:
—¡Caramba con la niña, qué pronto empieza!



À MI PRIMERA NOVIA



Tú ya no te acuerdas;
yo sí que me acuerdo
de cómo brotaron
los amores nuestros,
cuando éramos chicos,
saltando y corriendo
por eras y trochas,
corrales y huertos.

Apenas tu madre
te daba el asueto,
yo, ansioso de verte,
salía á tu encuentro
y alegres y solos,
cantando y riendo,
gozábamos ambos
placeres inmensos.
¡Amores de niños
tan puros, tan buenos,
que acaso remedan
los goces del cielo!
Un día, en los bruscos
vaivenes del juego,
rozaron mis labios

tu trenza de pelo,
y aunque antes te diera

millares de besos,
delicias extrañas
prodújome aquello,
sentí en los rincones
más hondos del pecho
no sé qué cosquillas
y escarabajeos,
me puse encendido,
vibraron mis nervios
y extraña dulzura
sentí muy adentro.
Te vi de repente
de un modo tan nuevo
que hallé en tus pupilas
brillantes destellos,
pureza en tu frente,
belleza en tu cuerpo,
panal en tu boca
y almohada en tu seno.
Soñé desde entonces
caricias sin cuento;
decirte al oído
palabras de fuego,
ceñir con mis brazos
tu talle perfecto,
quejarme de enojos,
fingirte desprecios...
¡Y ya no volvimos
tranquilos á vernos,
y nunca en mi vida
te dije mis sueños!
Pasaron los años,
cambiaron los tiempos,
y allá, en lo más hondo
del alma, conservo
recuerdo profundo,
dulcísimo y tierno
de aquellos amores

tan puros, tan buenos.
Jamás, entre tantos
placeres intensos,
sentí el de besarte
la trenza del pelo.

.....
¿Verdad que si ahora,
jugando y corriendo
por eras y trochas,
corrales y huertos,
volviéramos ambos
á darnos un beso,
duraba el idilio
tan sólo un momento?
En cambio, en seguida
se iría el recuerdo,
deshecho el encanto
que forja el deseo;
que amor, según sea,
varía de término.
¡Se muere el impuro
y el otro es eterno!



THE
HISTORY OF
THE
CITY OF
NEW-YORK
FROM
ITS
FIRST
SETTLEMENT
TO
THE
PRESENT
TIME
BY
J. C. HEATON
NEW-YORK
1853



LA PATRIA

Tronaban los cañones,
vibraban las cornetas
formando y disolviendo batallones;
lucían las bruñidas bayonetas,
ondulaban las masas de soldados
por valles y collados,
y entre el sordo rodar de los armones,
el raudal galopar de los bridones
y el confuso rumor de la batalla,
retemblaba la tierra,
recibiendo el castigo de la guerra:
charcos de sangre y lluvia de metralla.
Por un lado avanzaba un regimiento,
por otro un escuadrón retrocedía,
y allá una batería
buscaba á todo escape emplazamiento
para empezar la carga,
en medio de blasfemias y chasquidos,
y... se iba haciendo cada vez más larga
la fila de camillas con heridos.

Por uno de esos lances impensados
de los mil que ocurrieron aquel día,
se quedaron perdidos y olvidados



diez hombres de la cuarta compañía
de cierto batallón de infantería.
En mucho menos tiempo que lo digo
avanzó bruscamente el enemigo,
y se vieron los pobres de repente
rodeados de miles
de bocas de fusiles,
por detrás, por los flancos y de frente.
Cada cual, por instinto,
se acercó cuanto pudo al compañero,
y echando mano al cinto,
buscó la bayoneta lo primero...
—¡Rendíos!—les gritaban
los contrarios, dispuestos á arrojarse,
y ya los infelices vacilaban
entre morir matando ó entregarse,
cuando un chiquilicuatro, un cornetilla
que no valía un pito,
dijo, soltando un terno de Castilla
y enarbolando el brazo:
—¿Los de la cuarta? ¡Ni pa Dios bendito! —
y envió la respuesta en un balazo.

—

Fué cosa de un instante.
Al seguir la columna hacia adelante,
los arrasó como el ciclón arrasa
el florido verjel por donde pasa,
y al terminar, con el combate, el día,
quedaron en el valle diez soldados
que fueron de la cuarta compañía
contundidos, deshechos, mutilados...

—

Llegó la triste noche. Allá á lo lejos
brillaban los reflejos
del fuego intermitente,

se perdía en el monte, entre las peñas,
el eco del crujir de las cureñas
que se iban alejando lentamente,
y, muy de tarde en tarde, cuando el viento
dejaba de soplar en los confines
del bosque turbulento,
se dejaba escuchar, como un lamento,
el lejano clamor de los clarines
que llamaba á la lista al regimiento.
Cuando, poco después, no quedó nada
más que el leve susurro en la floresta,
sobre el montón de carne magullada
se cernía en el aire una bandada
de cuervos que acudían á la fiesta...

—

Y cantando esta hazaña ha dicho un vate:
«¡Duerman en paz los héroes del combate!
¡La patria guardará, para su gloria,
sus nombres en el libro de la historia!»
¡Y se equivoca usted, señor poeta!
Ni la patria se fija en un corneta,
ni tratará de honrar á aquellos hombres.
Por no saber, no sabe
cuáles eran sus nombres...
¡ni le importa un comino, que es lo grave!



À UNA... CUALQUIER COSA



¿Me vas á contar tu historia?
Pues no te molestes, Pepa,
porque es fácil que la sepa
de memoria.

¡Tendría mucho que ver
que oyéndotela contar
yo, que buscaba el placer,
acabara por llorar
sin querer,
con las mismas amarguras,
con iguales desventuras
y con los mismos quebrantos,
justos castigos del cielo,
que me han referido tantos
querubines... de tu pelo!

¡Quita, quita!

Finge, si puedes, amores
y no llores los rigores
de tu desgracia infinita,
que á mí, por mucho que llores,
no me conmueves, Pepita.

Cuenta tus penas, si quieres,
á esos seres

que admiten vuestros descuidos
y á esta clase de mujeres
llaman ángeles caídos.

Porque yo, aunque te parezco
compasivo por las trazas,

hija, no me compadezco
de llantos ni calabazas.
¿Que es un rigor excesivo?
¿Que sería compasivo
si te oyera? ¡Que te calles!
¡Otro cuento! ¿Para qué?
¿Te apuestas algo á que sé
casi todos los detalles?
Mira, verás: un traidor
que mintiendo puro amor
te sacó de tu morada
y te dejó abandonada
al cabo, que es lo peor.
¿No es eso? Pues otra cosa:
tu madre, por el dinero,
hizo ver á un caballero
que eras joven y graciosa,
y el hombre, que no era sordo,
tú, que eras una bendita...
¿Tampoco es eso, Pepita?
¡Pues mira que eso ya es gordo!
Otra disculpa del mal:
tu padre en el hospital,
tú arrojada del taller,
sin asilo, sin comer,
sin un traje de percal,
la tentación permanente,
el hambre viva, el pan caro...
¿ésa es tu novela? ¡Claro!
¡Como que es la más frecuente!
¿Y te has figurado, chica,
que queda justificada
la que por eso claudica?
Pues estás equivocada.
¡Eso no lo justifica
ni la miseria ni nada!
¿Qué tu has creído que sí?
Pues tienes que confesar

que, de perdonarte á tí,
habría que perdonar
al que roba y al que mata
luchando por la existencia
y al que vende la conciencia
por un puñado de plata.
¿Que cómo ibas á salir
victoriosa sin apoyo?
¡Pues dejándote morir
en la mitad del arroyo,
que no es la primera vez
que de ese modo se mueren
los honrados que no quieren
sacrificar su honradez!
¿No es lo mismo? ¡Sí es lo mismo!
Y para salir triunfante
de la atracción de ese abismo
no hace falta el heroísmo:
¡con la decencia es bastante!





SANTIFICAR LAS FIESTAS

La señora condesa del Abono
fué célebre, en sus tiempos, por hermosa,
y es en la actualidad la más piadosa
de todas las señoras de buen tono.

Su devoción es tanta
que emplea su influencia omnipotente
en la tarea santa
de llevar á la gloria mucha gente,
y siguiendo esta norma,

con el tesón de un padre misionero,
procura introducir una reforma
que le cuesta disgustos... y dinero.

Dos docenas de damas elegantes,
bajo su dirección, llevan á cabo
trabajos incesantes
redimiendo al obrero, al pobre esclavo
que, por causa de un amo descreído,
en su interés moral se perjudica
porque no santifica
las fiestas de guardar, como es debido.

Es el bello ideal de estas señoras
un domingo sin obras ni jornales,
en que nadie trabaje ni dos horas,
como cumple á católicos formales.

Bien sabe la condesa
que es muy difícil rematar la empresa;
pero sabe también que poco á poco
puede volverse cuerdo un pueblo loco;
y tanto ha predicado, tanta gente
obedece á las damas elegantes,
que más de cien comercios importantes
se han cerrado por ellas solamente.

—

El domingo pasado
se levantó á las once la condesa,
pidió el almuerzo, y, al dejar la mesa,
—Que enganchen el milord—dijo al criado.
Pero pasó más tiempo del preciso
para poner al tronco el correaje,
y no daban aviso
de que estaba esperándola el carruaje.
—¡Á ver! ¡Que suba Juan!—dijo la dama,
irritada de verse mal servida.
Y entró Juan, con la cara compungida,
murmurando al entrar:—¿Vuecencia llama?

—¡He pedido el milord hace una hora!—
gritó, en son de reproche, la condesa;
y contestó el gallego:—¡Peru agora
non puedu trabaxar! ¡Soy miembru de esa
sociedad que preside la señora!





EL MAQUINISTA



Yo soy uno de tantos, Juan Fuláñez,
paso la vida con la cruz acuestas,
encontrando pequeños los placeres
y soñando grandísimas las penas.
No me conoce nadie, y no me importa;
yo no conozco á nadie, y no me pesa;
soy un grano de tierra en la montaña,
soy una gota de la mar inmensa.
El día que tropiece en el camino
la máquina en que voy, caeré con ella,
y nunca nadie me echará de menos
ni mi apellido se sabrá siquiera.
Pero siendo yo así, tan poca cosa,
¡un átomo de hierro en una rueda!
cuando subo á mi *ténder*, y oigo el toque

de la campana que me dice «¡arreal!»
no me cambió por nadie en este mundo,
aunque al hacer el cambio me pusieran
fajín de general en la cintura
ó mitra episcopal en la cabeza.
Porque crezco á mis ojos; me parece
que el hierro adquiere vida en mi presencia,
y la máquina y yo, fuertes, sublimes,
tomamos proporciones gigantescas.

Al resoplido del vapor que escapa
y entre el ruido de topes y cadenas,
salimos como el rayo, acompañados
por el rudo fragor de la tormenta.
Todo retiembla á nuestro paso, ¡todo!
y yo siento subirme á la cabeza
el fuego que en su cárcel se retuerce
y nos empuja en infernal carrera.
Allá se queda lejos, en las sombras,
la ciudad con sus vicios y miserias,
y el nimbo de la luz de los faroles
da vigor y relieve á la silueta.
Y yo corriendo voy, cruzo los ríos,
me escondo en las entrañas de la sierra
y me pierdo en la umbría de los bosques,
espantando á las aves y á las fieras.
Y cuando en triste noche del invierno
furioso el huracán silba en las peñas
y el torrente desciende de las cumbres
y la lluvia en la máquina se estrella,
mientras el tren me sigue, y á la espalda
dormidas van quedando las aldeas,
y si el trueno en las nubes amenaza
ronco el rumor del monstruo le contesta,
entonces, con la mano sobre el freno,
yo, Juan Fulánez, carne de taberna,
me acuerdo de los hombres, y me veo
tan grande como Dios sobre la tierra.





EPÍSTOLA TRASCENDENTAL

¡ estimado don Antonio:
Recuerdo que usted me dijo,
cuando tratamos del hijo
de su feliz matrimonio,
que, gracias á usted, sería
muchas veces millonario,

aunque fuera necesario
hacer cualquier picardía.

No por él precisamente,
sino porque en su cabeza
la prosperidad empieza
de su rama descendente,
y usted quiere que esa rama
tenga, por propio derecho,
medio cielo azul por techo
y medio mundo por cama.

Que domine, que avasalle,
reina, en fin, de la justicia,
de la banca y la milicia,
y la campiña y la calle...

Cuenta usted para lo dicho
con muchas generaciones
que, reuniendo millones,
hagan ley de su capricho,
y apoya usted su opinión
en la verdad evidente
de que es el rey más potente
su majestad el millón.

Bueno; dada la prudencia,
la habilidad y el saber
que vamos á suponer
en toda su descendencia,
concedo toda la suma
de importancia y de dinero
que, empezando en su heredero,
crecerá como la espuma.

Pero ¿usted se ha figurado
que el mundo no va á cambiar,
y que siempre van á estar
las cosas en tal estado?

¡Error, gravísimo error!
¡No se fije usted en esa
politiquilla traviesa
de actualidad, no señor!

Pique usted algo más alto,
mírelo usted desde arriba,
y espero, cuando me escriba,
que me pinte el sobresalto.

Estamos en un período
de transición, de agonía,
y es muy probable que un día
el diablo cargue con todo.

La plebe, la pobre plebe
va siendo masa ilustrada,
y ya no respeta nada
y á cualquier cosa se atreve.

—No debes pasar de aquí—
le ha dicho quien la ha enseñado:
y la masa ha contestado
sonriéndose:—¿A que sí?—

Con las civilizaciones
se aguza el entendimiento
y... viene el refinamiento
de vicios y de pasiones.

Ya ha sucedido otras veces
una cosa parecida,

y la experiencia adquirida
hace profetas y jueces.

Mientras gente afeminada
discute ideas brillantes
y, calzándose los guantes,
ríe, goza y... no hace nada,
en el Norte ruda tropa
se va adiestrando en la esgrima,
y se nos va á echar encima
y se va á tragar á Europa.

Con ella vendrá también,
escondido en sus cañones,
el coco de las naciones,
el socialismo, ¡el belén!

Y no quedará, si empieza
á ensayar su plan sencillo,
ni peseta en el bolsillo
ni títere con cabeza.

¡Todo irá abajo! El trastorno
será espantoso, terrible;
y lo que sea fusible,
se fundirá en aquel horno.

Y luego... Dios será el juez
que decida la batalla...
¡Y acaso venga la tralla
del feudalismo otra vez!

—

Resulta, pues, inocente
que se haga usted ilusiones,
soñando con los millones
de su rama descendente.



EL FURGÓN

Iban veintiocho muertos en el carro del hospital, revueltos y desnudos, carne medio podrida, que á la fosa desde su lodazal mandaba el mundo.

Cruzando por los baches del camino se agitaba la carga á cada tumbo y, con los choques, el montón quedaba cada vez más informe y más confuso.

De todo había allí: pobres ancianos por quienes nadie vestirá de luto, porque dieron sus hijos á la patria y se quedaron ellos sin ninguno; infelices mujeres que en la feria vendieron el amor por un mendrugo

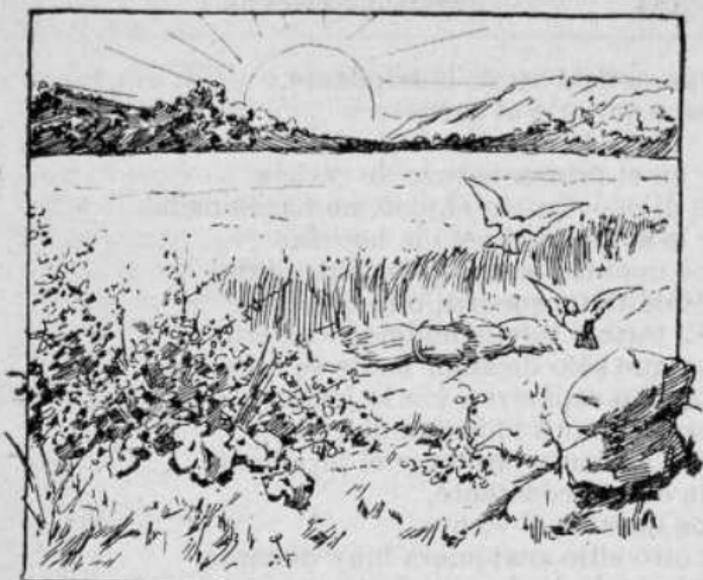
y hallaron, en la fuerza de la vida,
veneno en el placer, muerte en el gusto,
y obreros que cayeron en la lucha
con el aire letal de su tugurio,
y niños que murieron sin que nadie
acercara los labios á los suyos...

Paró en el cementerio el carricoche;
el capellán les dedicó un murmullo
y echó una bendición, de mala gana,
que serviría para todos juntos.

Los obreros que habían de enterrarles
se acercaron corriendo y en tumulto
y abrieron á la par las portezuelas
del armatoste fétido y oscuro.

Tuvo aquello que ver. Hubo blasfemias,
maldiciones y votos como puños.
—¿Qué les pasa? ¿Qué es eso? (dije al cura).
—¡Que les insultan porque vienen muchos!





IDILIO CAMPESTRE

Una tórtola amante, pudorosa
como todas las tórtolas amantes
que no son otra cosa,
en busca de su amor corría ansiosa
saltando entre unas matas de guisantes.
El la esperaba lejos, allá abajo,
en la misma lindera de los trigos
que fueron ¡ay! testigos
de los dulces albores del noviajo.
¡Y qué tranquilo estaba! ¡qué ignorante
de que en aquel instante
le llevaba su dueño

una noticia atroz, horripilante,
para quitarle el sueño!

Llegó la tortolita fatigada
y en el primer esbozo de caricia
le dijo:—¡Quieto el pico, no hagas nadal
y le soltó en el acto la noticia.

¡Se oponían sus padres! ¡Era cierto!
¡Maldita terquedad, ó lo que fuere!
(El tórtolo infeliz no quedó muerto
porque sólo de amor nadie se muere.)

Debían separarse, era lo justo,
para evitar á todos un disgusto;
y la ardiente pasión, y el juramento
de cariño constante,
los llevaría el viento
á otro sitio cualquiera muy distante.

¡Oh duelos! ¡oh congojas!
¡Oh fiera y espantosa despedida!
¡Oh lances que producen en la vida
dolores fuertes y alegrías flojas!

—Pues nunca hemos de vernos, dijo el macho,
y te unirán tal vez dentro de poco
con cualquier mamarracho,
calma por hoy mi afán, porque estoy loco.

—¡Nunca! dijo la hembra. Yo no puedo
perder mi dignidad.

—¿Me tienes miedo?

—¿Miedo yo? ¡Dulce bien! Soy tan valiente
como cualquiera tórtola inocente.

—Pues ámame.

—Pues no.

—¡Siquiera un rato!...

Total: que se dió al cuerno
el mandato paterno
al compás de un arrullo suave y grato.

.....
Y vea usted ahora,
distinguida lectora,

lo que son estas cosas de animales:
estarán mal contadas, sí señora,
pero nunca parecen inmorales.
Y si le pongo á usted la misma escena
entre una parejita de cristianos,
ya se puede apostar á que se llena
de santa indignación, si usted es buena,
y se tapa usted el rostro con las manos!



SOLITO



Esperáte un momento,
mariposilla blanca
que audaz revoloteas
en torno de la llama.
Aquí, encerrado, lejos
del mundo que descansa,
gozando de la noche
las horas tristes, largas,
sin ruidos que perturben
ni ideas que distraigan,
estoy mirando el tenue
polvillo de tus alas
que al desprenderse brilla
y entre la sombra acaba.
Me considero solo
contigo... y con el alma,
que se dejó á la puerta
sus penas y sus ansias
y me ha quedado libre
de su onerosa carga
de anhelos, ilusiones,
recuerdos y esperanzas.

Supongo que allá fuera
no hay luchas ni batallas,
ni existe ser viviente,
ni ha habido nunca nada;
que el mundo eres tú sola,
que vuelas, subes, bajas,
con esa luz brillante
poniéndote borracha;
que Dios nos ha creado
por una extravagancia,
y en cuanto tú te quemes
y yo sin vida caiga,
se acaban en seguida
los mundos y las razas,
pues no ha querido el cielo,
por suerte ó por desgracia,
ni hacerme mariposo,
ni hacerte chica guapa.
Yo soy feliz ahora,
feliz como la barca
que allá en el mar inmenso
perdida y solitaria,
sin dueño que la guíe,
sin velas, sin amarras,
tranquila por su suerte
se mece sobre el agua.
¡Benditas estas horas
en que se aísla el alma,
sin sombras de pasiones
ni augurios de desgracias,
y vuela libremente
rasgando con sus alas
la inmensidad serena
que el pensamiento abarca!
Hay días ¡casi todos!
en que estas horas plácidas
los ecos de la vida
me turban y me amargan;

¡hoy no! porque tú has hecho,
jugando, que se vayan,
y me has traído en cambio
quietud, sosiego y calma...
Ya ves cuán dulcemente
mis párpados se bajan
y el sueño de los justos
cuán rápido me embarga.
La vela dejo ardiendo;
me duermo. Muchas gracias;
adiós, ¡y no te abrases,
mariposilla blanca!





LAS LEYES DE LA HISTORIA

Bajo el brillante sol del Mediodía,
que difunde el placer y la alegría
y cubre la pradera
con alfombras de flores,
y alumbra unas mujeres de primera
y excita á la pereza y los amores,
se enervan los espíritus, la raza
decae y se afemina
y adquiere con el vicio que domina
muscultura de papel de estraza.

Y siempre ha sido así. Pero un resorte
movido por extraña y hábil mano
arroja sobre el monte y sobre el llano
las hordas de los bárbaros del Norte,
rudos, fuertes, salvajes,
que se alimentan con la carne cruda
y llegan sin más armas ni equipajes
que toscas mazas y la piel desnuda.
Pelean como el viento que se lleva
las hojas lacias del jardín florido
y presta al viejo tronco carcomido
gérmenes nuevos con la savia nueva.
No queda ni una piedra donde estaba,
pero callan clarines y bocinas,
y sobre el pueblo débil que se acaba
surge un pueblo viril entre las ruinas.
Poco tiempo después, los invasores
se dejan dominar por los sentidos,
se entregan al placer y á los amores,
y quedan como estaban los vencidos...

—

Yo no entiendo estas leyes
que rigen á los pueblos y á los reyes...
Porque esas invasiones
que vienen á dar vida á las naciones,
necesarios *injertos*
que, aunque traigan rigores excesivos,
fortalecen la sangre de los vivos
con la sangre caliente de los muertos,
pueden tener objetos diferentes.
¿Cuál se logra alcanzar de estas dos cosas:
vigorizar las razas decadentes,
ó afeminar las razas vigorosas?



EL CALVARIO

Juan, peón de albañil, tenía un chico que, en opinión del padre, era una perla. Por él, encaramado en el andamio, se exponía á romperse la cabeza y no echaba unas copas los domingos ni se compraba nunca blusa nueva. Al volver á su casa por la noche, fatigado y rendido de la brega, se acercaba á la cuna del muchacho

y se pasaba allí las horas muertas,
con la cara del ángel escondida
entre sus barbas sucias y revueltas,
cantando á media voz las dulces coplas
lentas y tristes de la *nana* eterna.

Un día el chico se murió. ¡Los niños
se mueren casi todos! La miseria,
tras de ayudar al mal ó prepararle,
no permite el socorro de la ciencia.
Juan empeñó la capa pingajosa
y compró un ataúd por seis pesetas.
El mismo le cerró, se le echó al hombro,
y una tarde de toros, tarde espléndida,
en que Madrid entero rebullía
y se lanzaba ansioso á las afueras,
fué á enterrar allá lejos aquel hijo
que era el único imán de su existencia...
Lloraba el infeliz, y sobre el yeso
que le pintó en el rostro una careta
resbalaban las lágrimas, grabando
los surcos que el arado hace en la tierra.

Restallaban los látigos, crujían
abrumados del peso ejes y ruedas,
y entre el ruido de alegres cascabeles
y el inmenso barullo de la fiesta,
la carretera de Aragón arriba
iba subiendo Juan, muerto de pena,
sólo con sus dolores, ¡hala, hala!
con la cajita de su niño acuestas.
A fuerza de codazos y empellones
pasó la Plaza y se acercó á las Ventas.
Allí no pudo más. Los merenderos

rebosaban de gente, las parejas bailaban en redor del organillo, de vino y goces y entusiasmo ebrias. Vibraban en el aire los rumores de risas, chicoleos y blasfemias, y era el contraste tan brutal, tan duro, que perdió el desgraciado la cabeza y, sintiendo una angustia indefinible, dió con su cuerpo y con la carga en tierra.

— Cesó por un instante el bailoteo, se quedaron vacías las tabernas, y aumentaron los grupos de curiosos á punto de obstruir la carretera. — ¡Miá que caerse aquí! (dijo una chula muy guapota y muy *barbi* y muy flamenca, dejando de bailar un vals ceñido). Irá borracho. ¡Pa lo que eso pesa! — Y anudando el pañuelo á la cintura, volvió para agarrarse á la pareja.



EN EL ÁLBUM DE UNA BAILARINA

(QUE NO SABE LEER)



Dios te dió los ojos garzos,
los labios como cerezas,
el cutis de terciopelo
y los dientes como perlas.
Puso en tu cuerpo la gracia
que enloquece y embelesa,
la dulzura en tu sonrisa
y en tu rostro la belleza.
Quiso que un hombre te amara
con adoración inmensa
y en paz, tranquila y dichosa
fueses del hogar la reina.
Y acaso cuando, cumplida
tu misión sobre la tierra,
de la lista de los vivos
borrar tu nombre quisiera,
pensó llevarte á la gloria
y colocarte á su diestra,
más que en premio á tus virtudes,
por gozar de tu presencia.
Pero el diablo, que no duerme
y entre las sombras acecha,
dejó traidor en tus ojos
dos ascuas de sus calderas,
ansia de besos impuros

en esos labios de fresa
y ardor de locos placeres
en la sangre de tus venas.
Te puso medias rayadas,
calañés sobre las cejas,
chaquetilla de alamares
y falda con lentejuelas,
y colocándote airosa
en las tablas de la escena,
te dijo:—¡Baila!—Y bailaste...
¡y adiós á la gloria eterna!

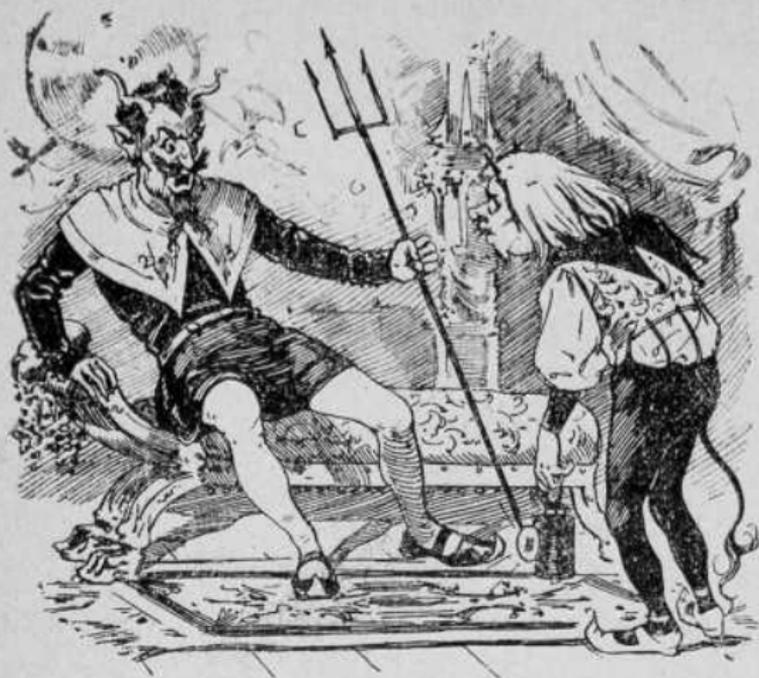
Cuando los ojos entornas
y el lindo talle cimbreas
y entre los húmedos labios
los blancos dientes enseñas,
la multitud te devora
con miradas de impureza,
brincan, al vibrar, los nervios
y las gargantas se aprietan.
Y cuando alzando el vestido
la enagua bordada muestras,
palpitante el albo seno
y ondulantes las caderas,
y á través de los encajes
lucen las caladas medias,
al compás del taconeo
que hace temblar la madera,
la muchedumbre se agita,
se inflama, ruge y pateo,
como el león enjaulado
á la vista de la hembra.
Te acompañan dignamente
juramentos y blasfemias,
aullidos de amor salvaje
y resoplidos de bestias.

.....
¡Ay, pobre Paca! Tú corres
en brazos de la tormenta,

y en vez del hogar tranquilo
que merecías, te esperan
lágrimas, injurias, golpes,
celos, traiciones, ofensas
y... morir de un navajazo
al salir de una taberna.

Pero creo que hoy, al verte,
el mismo Dios se recrea,
y aunque haya perdido un alma...
¡no le ha pesado perderla!





LA COSTUMBRE

Un día Satanás soltó un bostezo
y, dejando el tridente,
se propuso dormir tranquilamente
con la cola enroscada en el pescuezo.
Y apenas cerró un ojo (¡sólo uno!
porque, siempre sagaz, siempre ladino,
duerme á medias no más), hete que vino
á malograr la siesta un importuno.
Era un diablillo verde, monstruoso,
con los ojos saltones como un sapo,

que las echaba, al parecer, de guapo,
 porque entró con un *chic* jacarandoso
 y al pasar adelante
 hizo el saludo al rey de los infiernos
 inclinando los cuernos
 de un modo distinguido y elegante.

—¿Qué pasa?—dijo el diablo.

—¡Friolera!

Se ha armado una jarana de primera.

—¡Otra jarana! ¡El pan de cada día!

¿Dónde es?

—En la caldera

segunda de la octava galería.

Parece que los diablos encargados
 de alimentar el fuego

lo han dejado apagar por todos lados,
 y están los condenados
 quejándose á rabiarse...

—¡Otra te pego!

¡Qué bestia es esa gente!

¿Conque lo horrible del suplicio cesa
 y dicen que les pesa?

¡Pues si deben quedar tan ricamente!

—Eso es lo que yo he dicho,
 creyendo que chillaban por capricho;
 pero juran, perjuran y protestan
 que tienen la costumbre
 de tostarse y sufrir entre la lumbre
 y... no se sienten bien si no los tuestan.

.....

De este modo se explica

que mi amigo Julián, honrado y bueno,
 viva atado á las faldas de una chica

que es fea como un trueno

y que tiene un carácter de veneno.

Le domina, le engaña, le escarnece...

y él, dócil como un niño,

quiere encontrar disculpa en el cariño

y en el fondo del alma la aborrece.
Así lleva Julián, día por día,
diez años de tormento y de agonía,
fijo en la idea de romper muy pronto
el dogal que le aprieta... ¡Pobre tonto!
¡Jamás lo romperá! ¡Se ha acostumbrado
á su amor indecente,
igual que se acostumbra el condenado
al fuego que le abrasa eternamente!





HOY POR TI...

Llegó la inundación como una tromba arrasando los frutos de la tierra, y en el cieno quedaron sepultadas la mitad de las casas de la aldea. Pocos días después, como vestigios del paso asolador de la tormenta, quedaban los despojos de los muertos en la inmundicia de la charca infecta. Allá entonaban cánticos las ranas alabando á la sabia Providencia, que atendía benévola sus preces y les daba una dicha como aquélla.

—¡Mal corazón tenéis!—les dijo un sapo.—
¡Gozáis con la desgracia y la miseria!
—Así es el mundo, amigo. ¡Verá usía,
en cuanto llegue el tiempo de la siega
y el sol abrasador seque la charca,
cómo cantan los hombres y se alegran
al recoger el trigo, aunque nos hallen
en el rastrojo á centenares muertas!





¡AL YUNQUE!

Ha días que andamos
con grandes esfuerzos
la fiebre á rendirme
y yo á que no quiero.
Traidora me causa
continuo tormento,
me abrasa la sangre,
me oprime el cerebro,
rodea mis ojos

de círculos negros
y, en una palabra,
me deja en los huesos.
Y yo, cada día
más firme, más terco,
ni cejo ni triunfo,
ni caigo ni venzo.
Al ver las señales
que deja en mi cuerpo
la ruda tormenta
que aguanto por dentro,
de fijo se dicen
amigos y deudos:
—¡Caramba! Este mozo
no llega al invierno.
¿Que no? ¡Vive Cristo
que allá lo veremos!
La rabia en la lucha
redoblo, si pienso
que al día siguiente
se borra el recuerdo...
¡Pensar que las mismas
mujeres que quiero
querrán á cualquiera
que ocupe mi puesto,
y alegres, dichosas,
sin penas ni duelos,
irán por doquiera
dejando *mis* besos!
¡Pensar que los pocos
amigos que tengo,
pasados los tristes
instantes primeros,
irán donde vamos,
harán lo que hacemos,
y en torno á la mesa
fumando y riendo,
tal vez no reparen

que hay uno de menos
y está allí, vacía,
la silla del muerto!...
¡Caramba! ¡Es muy fuerte!
No quiero... ¡y no quiero!
Volviendo al principio
yo sé lo que es esto.
La guerra continua,
los días tremendos,
las coplas infames,
las noches de estrenos...
son cosas que ponen
tirantes los nervios,
los rompen un día
y en paz, y *laus Deo*.
Y sé, por lo tanto,
que acaso el sosiego,
la calma, la vida
tranquila del pueblo
pudieran volverme
las fuerzas que pierdo.
Pero eso ¡*nequaquam!*
¡no paso por eso!
Si, al fin, me consume
la vida este fuego,
caeré en la trinchera
que alcé con mi esfuerzo,
que así es como deben
morir los guerreros...
¡Y Dios me perdone!
¡y niños al cielo!





FÁBULA

E oponían los padres de un jilguero
á que hiciera el amor á una pardala
que tenía su nido en un alero,

y á quien tildaban de coqueta y mala
porque había tenido relaciones
con cincuenta pardillos y gorriones...

—¿Dónde vas á meterte, criatura?—
le decía la madre cariñosa.—

¿Tanto te ciega la pasión impura?

¿No ves que es una pájara asquerosa?

—Pero ¿por qué, mamá?

—Porque se sabe

que ha cambiado de amantes cada día

y ya no queda un ave

que al saber que la quieres no se ría.

—¡Aves calumniadoras!

¡Pájaros embusteros y cobardes!

¿No veo su candor á todas horas?

¿No me prueba su amor todas las tardes?

—¡Eso es porque es muy lista

y oculta sus defectos á tu vista!

—¡Madre!—piaba al fin el pobre chico,—

¡no me diga usted más, porque la pico!

Y con estas cuestiones,
los consejos del padre, los agüeros
de los otros jilgueros
y las pullas sin fin de los gorriones,
sirvió la oposición como acicate,
fué la pasión creciendo, buena ó mala,
y una noche hizo el pobre el disparate
de escaparse de allí... con la pardala.

—

Volaron á otro bosque. Quince días
gozaron del amor, hora tras hora.
¡Qué dulces melodías
y qué luna de miel tan seductora!
Al cabo, el jilguerito,
¡oh condición voluble pajarera!
llegó á encontrarse ahito
de su amante engorrosa compañera.
Y entonces se acordó de los consejos
de los pájaros viejos,
y aunque ni en sueños le faltó su amada,
tomó soleta y la dejó plantada.

—

—¡Hola! ¿Te has convencido?—
exclamaba su madre al otro día
viéndole aparecer cerca del nido.—
¿Salió la cuenta como yo decía?
—Exacta, sí señora;
la pardala es perjura y es traidora...
—¿Te ha dejado por otro pajarito?
—Al contrario, teniendo mis amores

no la importaba, al parecer, un pito
la más linda pechuga de colores.

—¿Y, siendo así, la dejas? ¡Cosa rara!

—Es que... pudiera ser que me engañara,
porque yo en amoríos no estoy ducho
y ella, como usted sabe, ¡finge mucho!





UNA MÁS

En una habitación desmantelada,
tendida en un camastro, sola, enferma,
cansada de llorar tu desventura,
te ha rendido la fiebre, Magdalena.
Aquellos labios que pedían besos
están ajados como flores secas;
los ojos, en que el vicio llameaba,
sin brillo esparcen la mirada incierta.
Vendiste tu hermosura, y la gastaron

los infinitos dueños de tal prenda:
¿a que, viéndote así, ninguno quiere
calmar tus duelos ni escuchar tus quejas?
Amor alegre te cubrió de alhajas,
te dió champagne y te vistió de seda,
y tú fuiste el encanto en las orgías
rebajando el placer á la indecencia.
Como estrella brillaste con tu orgullo,
deseando eclipsar á las estrellas,
y hoy te mueres de frío en tu guardilla,
triste y abandonada, pobre y fea.
Y es que el caudal ganado en tal comercio
el diablo que lo trajo se lo lleva,
sugiriendo la idea del derroche
á todas las mujeres de tu cuerda.
Los que te dieron antes su fortuna,
la encontraron tal vez tras de la puerta,
porque, á haberla ganado con sus puños,
no la tiraran ellos ni la dieran.
¡Y has acudido á todos! ¡Inocente!
La joya que no luce, se desprecia.
¡Los que dan en diamantes dos millones,
nunca dan en garbanzos dos pesetas!

Resumen: Ahí te envió... lo que puedo.
Perdóname lo escaso de la ofrenda;
lo gané trabajando, y cada duro
vale más de un millón, por lo que cuesta.
Pero no me agradezcas el esfuerzo,
porque á cambio me das, sin que lo sepas,
el placer de hacer bien á un desdichado,
que es el placer más grande de la tierra;
mayor que el que compraron tus amantes
sembrando tu camino de oro y perlas...
porque el otro era tuyo y éste es mío:
tú te llevaste aquél, ¡pero éste queda!

1.º DE NOVIEMBRE

¡Noche de dolor y espanto!
Sonaron como un lamento
las campanadas, y el viento
llevó el eco al camposanto.
En seguida extrañas luces
brillaron sobre las fosas,
se levantaron las losas
y se movieron las cruces.
Quedaron los panteones
en un instante desiertos,
y se marcharon los muertos
en distintas direcciones.

Y hay que ver que, si da frío
y terror al más pintado
un cementerio ocupado...
¡da más pavora vacío!
¡Pardiez, que erizan el pelo
las sepulturas abiertas,
los sarcófagos sin puertas,
las lápidas por el suelo,
mientras en pueblos y villas
se quejan los esquilones,
se elevan las oraciones,
se encienden las lamparillas,



y en torno á los campanarios
revuelan, sin hacer ruido,
las sombras de los que han sido
envueltas en los sudarios!

.....
Poco á poco la sombría
noche desgarró su velo
y se fué aclarando el cielo
con los albores del día;
cesaron las campanadas,
las lámparas se apagaron
y, ocupadas, se cerraron
las tumbas abandonadas.
Obedeció tarde y mal
á la señal convenida
un difunto, que fué en vida
zapatero de portal,
y no sabiendo ya dónde
meterse, torpe y tardío,
ocupó un nicho vacío
en el panteón de un conde.
Y, como allí no hay quien mande,
llegó el conde retrasado
también, vió el nicho ocupado
y se marchó al hoyo grande.

Por trueque tan natural,
durante el día primero
tuvo el pobre zapatero
que se murió en un portal
visitas, luces, desmayos,
coronas de siemprevivas
y lágrimas expresivas
de duquesas y lacayos,
mientras el grande de España,
sin cirios, flores ni gente,
dormía tranquilamente
al pie de una cruz de caña!

.....

Pero hay que advertir primero
que cambio tan repentino
no les importó un comino
ni al conde ni al zapatero.





¡ARRIBA!

No te sulfures, Blas. Eso no es nada.
¿Á qué llamar á voces á la muerte
y maldecir la vida desdichada,
y rabiarse y gritar contra la suerte?
¿Pena tienes, y el alma te envenena?
Pues no rompas por eso tu cadena,
que en la pena más honda
echa el tiempo la sonda
y se averigua entonces que no hay pena.

En las crisis así, cuando parece
que se traga veneno
y la grata ilusión se desvanece...
no hay medicina como un libro bueno.

Yo, apenas, con motivo ó sin motivo,
asoman el dolor ó la amargura,
me enfrasco en la lectura
y encuentro á las dos horas lenitivo,
y soy feliz, y vivo
en un mundo de paz y de ventura.

Que allá del arte en la región serena
el hálito del diablo no envenena
aquel placer intenso, indefinido,
que haciendo el alma buena
da todas las miserias al olvido.

Y aislándome y subiendo de ese modo
el arte lo hace todo
sin transición, ni esfuerzo, ni trabajo,
por el solo poder de sus primores,
quedando los dolores tan abajo
que hasta llego á creer que no hay dolores.

Y embriagado en mis sueños
saboreo el mejor de los placeres.
Me parecen los hombres muy pequeños,
y las mujeres... nada. ¡No hay mujeres!

Conque ya sabes, Blas, en qué consiste
la panacea para no estar triste.
La tierra ya se sabe que es impura;
esa rabia impotente es corrosiva
y acaba en la locura...
¿El mundo te hace daño? ¡Pues arriba!
¡Y domínale tú desde la altura!





UNA MENOS

Era la Nochebuena. Por las calles,
contambores, zambombas y panderas,
se hartaba de gozar á grito herido
la espuma de tugurios y tabernas.

Y en una habitación pequeña y triste
del hospital, en torno de una mesa,
los pobres practicantes pretendían
olvidar otras noches como aquélla
bebiendo peleón, hablando recio,
calientes con el vino las cabezas,
cantando á media voz coplas alegres
y jugando al tresillo unas pesetas.
En las lúgubres salas no se oía
ni un soplo, ni un murmullo, ni una queja...
¡La noche era solemne, y los enfermos

pensaban en su gente y en su tierra,
con el dolor á solas! Entretanto
gritaba la gentuza en la plazuela:

«¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande,
que hoy es Nochebuena!»

—

Se presentó de pronto, donde estaban
los alumnos de guardia, una enfermera.

—¿Qué es eso, Paca?

—Que se muere el siete.

—Que aguarde á que saquemos esta puesta.

—Le corre mucha prisa.

—Pues andando...

Y allá fueron con naipes y botellas.

¡Sí se moría el siete! Casi casi
se podía decir que estaba muerta
una muchacha tísica, una rubia
con los labios lo mismo que cerezas,
y los ojos azules como el cielo,
y los menudos dientes como perlas,
que miraba á la muerte cara á cara
como único remedio de sus penas,
y acababa tranquila, dulcemente,
abandonada y sola en la miseria.
Con el ronco estertor de la agonía,
reclinada en el brazo la cabeza,
pensaría en su madre y en su novio,
que acaso entonces se acordaban de ella.
Se acercó el capellán, todos corrieron,
y con idas y vueltas y revueltas
se alborotó el cotarro... ¡Todo inútil,
jarabes, oraciones, sanguijuelas!...

¡El siete se moría! Y allá abajo
cantaba el populacho á boca llena:

«¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande,
que hoy es Nochebuena!





LEYENDA FEUDAL

El conde Fernán Gonzalo, dueño y señor de una aldea, dos castillos, medio monte y cuatrocientas cabezas de mesnadero, era un hombre rudo, curtido en la guerra, vencedor en seis torneos y el héroe de cien refriegas. Pero en los ratos perdidos era un galán de primera, que requebraba á las mozas ó las tomaba por fuerza, según que las agraciadas eran fáciles ó recias. Y así se pasaba el conde dulcemente la existencia, conquistando, una tras otra, muchachas y fortalezas. Doña Sol, su linda esposa, era arrogante, morena, de formas esculturales, apasionada y... coqueta. Encerrada en su castillo con escuderos y dueñas,

no había más emociones
ni más mundo para ella
que el pedazo que podía
mirar desde las almenas.
Un alma que echaba chispas
en cárcel de hielo presa,
y desahogaba llorando
la pasión que hervía en ella.

—

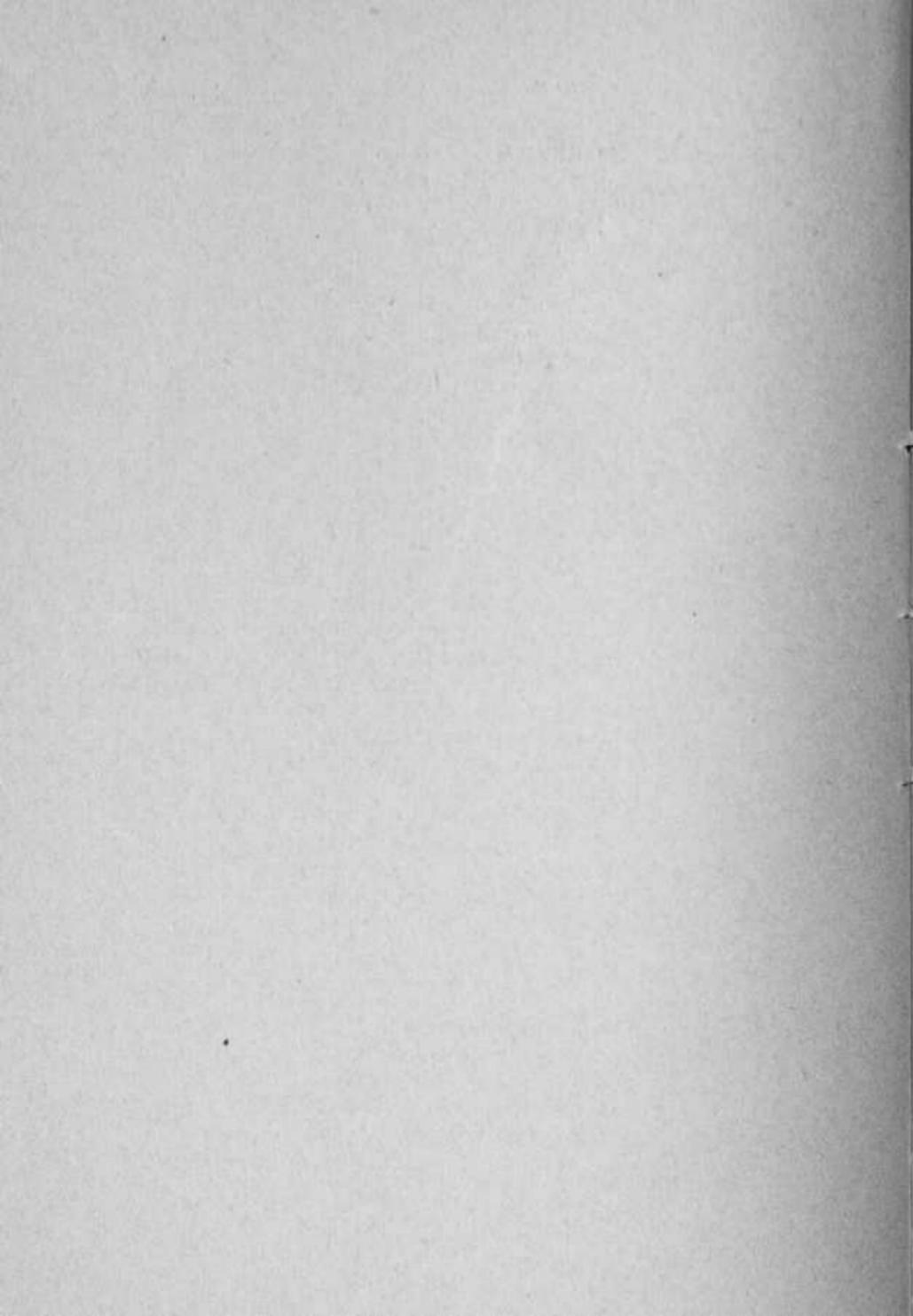
Pues, señor, hizo el demonio
que una aldeana, más tierna
que el arrullo del palomo,
más altiva que una reina,
con grandes ojos azules
y labios como cerezas,
lograra infundir al conde,
al par que el amor, la idea
de llevársela al castillo
y admirarla más de cerca.
Dicho y hecho. La echó encima
birrete y mallas de seda,
corpiño de terciopelo
y cintillo con preseas,
y... doña Sol tuvo un paje
rubio como unas candelas,
que le regaló su esposo
como haciendo una fineza.
Pero ¡ay! que nunca les salen
á los traidores las cuentas,
y al ver aquel jovencito
que parecía una perla
sintió la condesa un fuego
que le abrasaba las venas.
Su amor estalló de pronto,
lo mismo que una centella,

y empleó cien artificios
para que el paje lo viera.
Suspiros entrecortados,
miradas dulces, traviesas...
y el paje no lo entendía
¡y esquivaba su presencia!
Doña Sol se volvió loca,
y viendo que, ni por esas
la montaña no venía...
se fué á la montaña ella.

—

Una mañana temprano,
rugiendo como una fiera,
entró en el cuarto del conde
como un rayo la condesa.
—¡Traidor, infame! (le dijo).
¡Es muy digna hazaña vuestra
introducir como pajes
en el castillo mancebas!
Callóse Fernán Gonzalo;
mas de pronto, una sospecha
le turbó, y airado y ronco
gritó, arqueando las cejas:
—¿Cómo lo sabéis, señora?—
Doña Sol se irguió altanera,
fué á contestar, y... se puso
colorada de vergüenza.







DURA LEX...

s ataca en las sombras un bandido;
temblando de emoción rezáis el Credo,
y os deja sin dinero y sin vestido,
y os insulta además por vuestro miedo.

Si le logra atrapar la policía
os muelen, os abruma y os apenan
con dos declaraciones cada día,
y luego le condenan
á estar en la prisión un mes y un día
por ser el robo de menor cuantía.
Pero, en fin, castigáis al bandolero
y... os quedáis sin vestido y sin dinero.

Pongamos otro caso.
Rechazáis la agresión con entereza,
y, en cuanto os sale al paso,
le metéis una bala en la cabeza.
¿Derecho de defensa? ¡Patarata!

Habéis debido huir como un villano,
pues, según lo mandado, no se mata,
hasta el último extremo, á un ciudadano.
Disgustos, sinsabores,
abogados, fiscal, procuradores...
Pero habéis sido siempre hombre de seso,
entra en las circunstancias atenuantes
vuestra conducta de antes,
y aunque habéis cometido un homicidio,
os manda el tribunal, gracias á eso,
nada más por dos años á presidio.
Vuestro honor, los negocios, la carrera,
todo se echa á perder, todo se altera,
y aunque volváis después limpio y honrado
como al ser atacado,
la marca del presidio no os la quita
ni la Virgen bendita...

—

Por eso dicen ¡ay! doctos varones
que están favorecidos los ladrones.





APRENDED, FLORES...

Borracha de ilusión, loca de amores,
en mis brazos cayó, desmelenada,
la pasión llameando en la mirada
y el placer en los labios tentadores.
¡Me entregaba su honor y su hermosura!
—¡Pobre niña, pensé, que en su locura
se rinde del amor á las cadenas
y cambia años de penas

por un instante breve de ventura!—
Y domando mis nervios bruscamente,
vencí la tentación... y fui decente.
No hay tormento que iguale
á tal combate desigual y loco,
porque el fuego del alma, que no sale,
devora las entrañas poco á poco...

.....
¡Esfuerzo de titán, no comprendido!
Porque la niña, desde entonces, suele
decir á sus amigas al oído:
—No le hagas caso, chica, ¡es un pelele!



AMIGA MÍA



Como dicen que anda ahora
el teatro alicaído,
y están esperando muchas
personas de recto juicio
que se resuelva la crisis
volviendo al sistema antiguo,
por aquello de que el mundo
da vueltas sobre sí mismo,
yo me estoy dando un hartazgo
con todo lo que han escrito
Lope de Vega, Moreto,
Rojas, Calderón y Tirso.
Claro está que así, de prisa,
va resultando prendido
con alfileres, y es fácil
que no saque nada en limpio.
Pero quiero que lo sepas,
por si te choca el estilo
y crees que te escribo en broma,
cuando con el alma escribo.
El caso es que yo te quiero,
¡y que te quiero muchísimo!
y que sé de buena tinta
que eres, en lo áspera, risco;

en lo voluble, veleta;
en lo festiva, domingo;
en lo respetada, muerte;
en lo respetable, obispo;
en la belleza, querube;
en lo mimosa, chiquillo;
en lo impetuosa, torrente
que salta sobre el abismo;
mariposa, en lo pintada;
fiero tigre, en el instinto;
calabacín, en lo hueca;
poeta serio, en lo mismo;
por la estatura, jirafa;
por los ojos, fuego vivo;
por el lindo talle, avispa;
por los dientes, ratoncillo;
roca, por el pecho; cisne,
por el cuello alabastrino,
y por lo tocada, flauta,
y por lo chillona, pito...

¿No te parece mentira
que yo esté loco perdido
por mujer que, en una pieza,
es avispa, cisne, chico,
jirafa, risco, torrente,
veleta, poeta lírico,
pito, flauta, obispo, fuego,
calabacín, angelito,
mariposa, tigre, muerte,
ratón y día festivo?
Pues sí que estoy loco! ¡Creo
que ya lo habrás conocido!





SUPONGAMOS...

distinguido lector, amigo y dueño,
que me preguntas lo que vi en mi sueño.
Pues vi que una mujer encantadora
surgía de un boliche de la cama.

—¡Recaracoles! (exclamé). ¡Una dama
en tal guisa, en tal sitio y á tal hora!
¿Quién es usted, señora?

—La Fama caballero.

—¿Usted la Fama?

¡Entonces he perdido la chabeta!
 ¿Dónde está la trompeta?
 —¿Trompeta todavía? ¡Qué inocente!
 Yo usaba ese instrumento antiguamente,
 cuando no descansaba ni un segundo
 pregonando los nombres
 de aquellos grandes hombres
 que merecieron admirar al mundo.
 Pero aquello pasó. ¡No soy tan bobal!
 Esto es lo positivo. (Y me enseñaba
 un bombo tan enorme, que ocupaba
 la mitad de la alcoba.)
 ¿Qué le parece á usted?

—Desmesurado.

—Pues sepa usted, amigo, que han brotado
 muchas celebridades de esta caja.
 Y tiene una ventaja.

—¿Qué ventaja?

—Que la maneja el mismo interesado.

—Señora, usted exagera,
 porque eso no sería conveniente.

—Puede usted hacer la prueba fácilmente
 y darse todo el lustre que usted quiera.

Eso han hecho bastantes majaderos.

—¿De veras?

—Sí, señor, pero pagando.

.....
 Y se marchó gritando:

—¡A peseta la línea, caballeros!





EL ETERNO ABURRIDO

Yo nací en un portal, no tuve nombre,
me eduqué en el Hospicio, fui soldado;
hubo guerra civil en el Estado
y caí peleando como un hombre.

Me enterraron de noche, con misterio,
con otros como yo, pura morralla,
y á todos nos sirvió de cementerio
el mismísimo campo de batalla.

Como fui bueno en vida,

contaba con un fallo absolutorio;
pero mi cuenta resultó fallida,
y *sali* condenado al purgatorio.

El juzgador estuvo en su derecho;
porque envidié á los otros sus mujeres,
sus madres, sus familias, sus placeres...
todo muy natural, ¡pero mal hecho!

—

Y aquí estoy extinguiendo mi condena.
El día de Difuntos, cuando suena
el toque de oraciones misterioso
que va á repercutir en lo profundo,
pueden las almas visitar el mundo
con permiso especial de Dios piadoso.

Unos vuelven á entrar en sus hogares
para ver si conservan su memoria,
otros van recorriendo los lugares
que recuerdan detalles de su historia;
éste busca á su novia y la saluda
cuando la habla tal vez otro sujeto;
aquél lleva el objeto
de encargar cuatro misas á su viuda...

Pero á mí no me importan un comino
el enemigo que me hirió en la guerra,
y mi pueblo, y mi casa, y mi vecino,
y mi historia, y mis padres, y mi tierra,
y, como es natural, me canso pronto
de andar por el espacio como un tonto,
y retorno á mi cárcel el primero,
con grandísimo asombro del portero.

Por lo cual, desde este año me decido
á tomar un partido:
vayan al mundo los que tengan algo
que ver ó recordar entre la gente...
¿Que suena el toque de ánimas? Corriente:
¡que toquen lo que quieran! Yo no salgo.

EL CRISOL



o conozco una muchacha
joven, airosa, morena,
que con su porte y su facha
va diciendo que no es buena.
Y en efecto, si es pecado
vender un amor mentido,
traficar en el mercado
con el placer prohibido,
destruir el sentimiento
y deshacer matrimonios...
á la chica de mi cuento
se la llevan los demonios.
Porque es la hermosa morena
desde que se ha puesto en boga
engañadora sirena
que atrae, estruja y ahoga.

Hombre que cae á sus pies
con dinero é ilusiones,
se deja en un dos por tres
la ilusión y los millones.
Sedas, diamantes, orgías,
abonos, caballos, coches,
mil duros todos los días,
mil besos todas las noches,

el delirio, la locura,
el escándalo incesante,
¡y á fundir en su hermosura
cuanto coge por delante!
Ella, á quien guardan profundo
desprecio las buenas gentes,
vive alejada del mundo
de las personas decentes
y tiene muy merecida
la muerte en el hospital,
puesto que ha sido su vida
profundamente inmoral.
Pero vista la cuestión
desde otro punto, ¿quién sabe
si cumplirá una misión
importantísima y grave?
El dinero no es dinero
encerrado en una caja
ó en manos de un majadero
que ni piensa ni trabaja.
La pecadora lo airea,
lo saca á luz, lo derrocha,
lo desparrama, aunque sea
mientras se embriaga y trasnocha,
y, gracias á una perdida
que explota á unos caballeros,
ese dinero es la vida
de batallones de obreros.
El caudal que un tonto tiene
no hace ningún beneficio
y, por lo tanto, conviene
que, aunque sea por el vicio,
no se pudra en un armario
y salga á tomar el viento:
el fin, si es utilitario,
disculpa el procedimiento.
El interés general
no se para en barras tales:

¿qué importan al bien social
los pecadillos parciales?
¿Se condena la morena
por vivir en el pecado?
Bueno, pues si se condena,
¡que la quiten lo bailado!
¿A qué fijarnos en eso?
¡Yo admiro á la pecadora
que es palanca del progreso,
como la locomotora
que va arrastrando vagones
por montañas y pantanos,
para llevar provisiones
á los países lejanos!





MINIATURA

Fué á confesarse un día,
temblorosa de miedo, Rosalía...
Era tan inocente, que tomaba
por un grave pecado
el hecho natural de haber llorado
cada vez que su madre la pegaba.

El confesor no puso
atención en la pobre penitente,
y empezó con tonillo indiferente

el interrogatorio que está en uso.

¡Y qué impresión extraña sentiría
la niña candorosa y asustada,
que con las pocas frases que entendía
acabó por ponerse colorada!

—

Mucho tiempo después, yo no sé cuánto,
cubriendo con un manto
el rostro, deslumbrante de hermosura,
empezó á confesarse Rosalía;
¡y qué cosas diría,
que se ponía colorado el cura!



LA DESPEDIDA DE LA COCINERA

¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas desvelada
y entre las olas sola!...

LOPE DE VEGA.



Llevando un envoltorio
con no sé cuántas cosas,
por no sé qué razones
te vas y me abandonas.
Por ese mismo sitio
se fueron muchas otras,
bastantes irritadas,
arrepentidas pocas,
para volver algunas,
pero llorando todas,
que es vicio que se adquiere
picando las cebollas.
Así también te marchas;
¿qué vas á hacer ahora
perdida por el mundo,
sencilla Celedonia?
Si tú no sabes nada
de penas que trastornan
ni goces que enloquecen
ni luchas que destrozan,
¿qué harás cuando te veas
abandonada y sola?

¿O piensas, inocente,
que tú no eres de estopa
y el mundo es un hornillo
y viene el diablo y sopla?
¡Envidias, de seguro,
la suerte de esas mozas
que yendo de criadas
volvieron de señoras,
y tapan con los guantes
aquellas manos gordas
que puso coloradas
el roce de las ollas!
¡No sigas esa senda,
que es falsa y engañosa,
y hay muchas con pingajos
que desearon blondas!
Yo sé que el de la tienda,
do pagas lo que compras
con la tercera parte
de lo que á mí me cobras,
murmura en tus oídos
palabras mentirosas,
y dice que, si quieres,
podrás tener carrozas
y casas y jardines
con sólo abrir la boca.
¡No creas que eso es cierto!
¡no la abras, Celedonia!
¡Mira que así empezaron
bastantes pecadoras!
Para lanzarte al mundo,
que acaba con las honras,
ni tienes mucho gancho,
ni sabes otra cosa
que espumar el puchero
y echar sal á la sopa,
ó hacer un saludable
guisado de alcachofas.

¿No estás mejor en casa,
aquí donde te consta
que yo te lo perdono
sabiendo que me robas?
¿Qué más aspiraciones
podrás tener ¡oh tonta!
que ver cómo te espío
cuando te quedas sola,
y permitirme á veces
que te haga cucamonas?
¡Vuelve á tus estropajos,
sencilla Celedonia,
y deja para siempre
las ilusiones locas!
¡Mira que así te pierdes!
¡mira que hay penas hondas!
¡mira que á mí me carga
tener que buscar otra!





EN CAMPAÑA

El enemigo, de soberbia ciego por el triunfo obtenido en cien peleas, llevaba la invasión á sangre y fuego talando bosques y arrasando aldeas.

Y entre el ronco tronar de los cañones la nación, casi exhausta, en la agonía mandaba á combatir cuantos varones pudieran defenderla todavía.

Así, á escape, en las ansias de la muerte, se formó un batallón en el hospicio

con lo que había allí: carne del vicio
destinada á las burlas de la suerte.

Y allá fué, para colmo de desgracias,
cargado con pesadas fornituras
el confuso montón de criaturas
tristes, enfermas, harapientas, lacias.

—
Cuando todos sentían en los huesos
el frío del pavor, un ayudante
llegó y dijo al pasar:—¡Pronto! á ver, esos,
¡carga á la bayoneta y adelante!

Y añadió el coronel:—¡Pensad, soldados,
de la patria en los vínculos sagrados;
que vuestro triunfo esperarán ansiosas
las madres, las hermanas, las esposas,
las amantes doncellas
que aquí os envían á morir por ellas!...

Temblaron los fusiles en las manos.
Sonrió con irónica amargura
el batallón entero de hospicianos...
y se lanzó á buscar la sepultura.



ÍNDICE



Páginas.

Descorazonémonos	1
La pulmonía	3
Tiple nueva	7
¡Desperta, ferro!	9
¡Lo que son las cosas!	11
Poesía amorosa	15
Dos crepúsculos	19
Filípica	23
El Nicanor	25
El camino del cielo	29
El Ave María	33
Confiteor	37
La noche de ánimas	41
Indiferencia	45
Misterios	47
La corrupción del siglo	49
Égloga	55
Divaguemos	59
¡Ay, Amelia!	61

Fumemos	63
Todo el mundo.....	65
Amorosas.....	69
¡Atrás!.....	75
Agitémonos.....	77
La muchedumbre.....	79
En las alturas.....	83
El otro mundo.....	87
A Poncio, periodista.....	91
El muerto.....	93
De lo vivo á lo pintado.....	97
Tomando café.....	101
Los ladrones.....	105
Flores de Mayo.....	107
A mi primera novia.....	109
La Patria.....	113
A una... cualquier cosa.....	117
Santificar las fiestas.....	121
El maquinista.....	125
Epístola trascendental.....	127
El furgón.....	131
Idilio campestre.....	133
Solito.....	137
Las leyes de la Historia.....	141
El calvario.....	143
En el álbum de una bailarina (que no sabe leer).....	147
La costumbre.....	151
Hoy por ti.....	155
Al yunque.....	157
Fábula.....	161
Una más.....	165
1.º de Noviembre.....	167
¡Arriba!.....	171
Una menos.....	173
Leyenda feudal.....	177
Dura lex.....	181
Aprended, flores.....	183
Amiga mía.....	185

Supongamos.....	187
El eterno aburrido.....	189
El crisol.....	191
Miniatura.....	195
La despedida de la cocinera.....	197
En campaña.....	201





BIBLIOTECA DEL MEDIO COMÚN
Peninsular, núm. 4, 1.º, y principales librerías.

FABULAS Y CUENTOS

POR
JOSÉ ESTREMEIRA

Precio: 2 pesetas.

MISAJAS

POR
J. LÓPEZ SILVA

Precio: 2 pesetas.

BELVORA SOLA

POR
SINESIO DELGADO
DIBUJOS DE CILLA

Precio: 3 pesetas.



ESPAÑA CÓMICA
ALBUM DE CINCUENTA CARTULINAS
 encuadrado en tela.

Precio: 25 pesetas.

TIRIMUNDO

POR
LUIS TABOADA
DIBUJOS DE CILLA

Precio: 3,50 pesetas.

GUASA VIVA

POR
J. PÉREZ ZÚNIGA
Dibujos de Cilla, Mecañis y Gros.

Precio: 3 pesetas.

MEMBRAS Y MARGAS

POR
SINESIO DELGADO
DIBUJOS DE CILLA

Precio: 3 pesetas.



G 200357